

La Ilustración Artística



AÑO XVI

BARCELONA 13 DE DICIEMBRE DE 1897

NÚM. 833



FLOR DE INVIERNO, cuadro de Eduardo Gelli

ADVERTENCIA

Con uno de los próximos números de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA repartiremos a los señores suscriptores a la **Biblioteca Universal** el quinto y último tomo de la presente serie, que es la segunda parte de la obra de Cervantes *Don Quijote de la Mancha*, reproducción en facsímil de la impresa en 1615 por Juan de la Cuesta, de Madrid. Al completar con este tomo tan importante libro, cúmplenos manifestar nuestra gran satisfacción por los elogios unánimes que la prensa de Europa y América ha hecho de la primera parte ya publicada, y cuya reproducción, asimismo en facsímil de la edición de 1608, hecha por el mismo impresor y única revisada y corregida por su inmortal autor, emprendimos para los suscriptores de nuestra **Biblioteca Universal** e ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Esos elogios públicos y los muchos plácemes particularmente recibidos son el mayor galardón de nuestros esfuerzos así como la sanción del acierto a que aspirábamos para complacer a nuestros abonados, a pesar de los cuantiosos gastos que tamaña empresa nos ha ocasionado, y al propio tiempo los consideramos como un estímulo para que apelemos a toda clase de medios a fin de realizar la misma aspiración en las sucesivas series de obras, a lo cual estamos obligados por deber y por gratitud.

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea. Niños y fieras*, por Emilia Pardo Bazán. — *La entrada de San Fernando en Sevilla. Efe- méride del 22 de Diciembre de 1248*, por J. Gestoso y Pérez. — *El Cenerentolo*, por Eduardo de Palacio. — *¡Quién no corre!*, por Carlos Ossorio y Gallardo. — *Nuestros grabados.* — *Problema de ajedrez.* — *Mi tío Juan*, novela (continuación). — **SECCIÓN CIENTÍFICA:** *El planeta Marte*, por M. F. — *El mayor meteorito del mundo.* — Libros recibidos.

Grabados.—*Flor de invierno*, cuadro de Eduardo Gelli. — *Entrada de San Fernando en Sevilla*, composición de Andrés Parladé. — *Violetas de Roma*, cuadro de Carlos Pellicer. — *Sevilla. Un embarcadero en el Guadalquivir*, dibujo de Manuel García Rodríguez. — *La guerra de Cuba. Una columna haciendo alto en Pinar del Río. Columna en marcha en Pinar del Río.* — *Un jefe indio*, cuadro de Antonio Fabrés. — *Flor de lys*, fotografía de Miss Frances B. Johnston, de Washington. — *Escena final de la ópera «Carmen»*, cuadro de Manuel Cabral Aguado y Bejarano. — *Monte Carlo*, dibujo de F. Gómez Soler. — *En el balcón*, cuadro de José Llovera. — Gran Palacio de Bellas Artes que se construye en los Campos Elíseos de París y plano del mismo. — Planisferio del planeta Marte trazado según las observaciones de M. Schiaparelli desde 1882 a 1884. — Configuraciones observadas en Marte en el laboratorio Lowell. — Aspectos del planeta Marte observados en Meudon por M. Perrotin y en Barcelona por D. José Comas. — El mayor meteorito del mundo. — *La herida del general Mitre*. Episodio histórico de las luchas de la República Argentina, cuadro de Vicente Nicolau Cotanda.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

NIÑOS Y FIERAS

La cuestión de los «niños actores» se ha abierto camino estos días al través de tantas otras como nos preocupan y forman la negra trama de la vida nacional. Esas criaturas, sentenciadas a un trabajo *artístico* de nueve a una de la noche, y al estudio y ensayo de ese trabajo el resto del día; desquiciadas de sueño y comida, privadas de esparcimiento y reposo, han inspirado más de un artículo filantrópico, una *campanita* que el público, por otra parte, acoge con la indiferencia con que suelen mirarse en España estos problemas.

No somos un pueblo a quien la pedagogía y la antropocultura le importen gran cosa, ciertamente. Compasivos y hasta blandos de corazón cuando vemos de cerca los males, nos falta por completo el resorte de la unión y asociación para evitarlos y prevenirlos. El impulso individual puede hacer milagros aquí, donde nacieron un Mañana y un San Juan de Dios; el colectivo sólo produjo una obra maestra, la Compañía de Jesús, y para eso tuvo San Ignacio de Loyola que ir a fundarla a París; si se queda en España no la funda.

Volviendo a los niños de la Zarzuela, digo que habría un medio seguro de evitar que los sometiesen a esa labor impropia de sus tiernos años; y sería, sencillamente, no acudir al teatro cuando ellos trabajasen. Yo no los he visto nunca: tal espectáculo no me atrae; los *pequeños prodigios* me son hasta antipáticos — la precocidad me repugna tanto como las pretensiones juveniles persistentes en la vejez. — A cada edad lo suyo. Un niño, que recite su fabulilla, y mejor cuanto más de reata; que cabalgue el alazán de cartón, que esgrima el sable de madera; pero, por los clavos de Cristo, que no juegue en serio ni al actor, ni al soldado, ni al enamorado, ni al sabio, ni al poeta; que no «borde» en el piano, ni en el violín, ni dé esperanzas, ni le nombren los periódicos, ni haga más que conjugar regularmente los verbos irregulares, dormir doce horas, merendar pan y queso y pegar en los vidrios calcomanías.

En la cuestión de «los niños actores» va envuelta una grave responsabilidad social y moral. No son sólo niños; hay también niñas, cuyo candor se mancha, cuyos labios se enlodan al dar paso a la canción impura, a la alusión libre, a la reticencia deshonestas... Y no digo bien; estoy siguiendo la rutina al considerar que esto es un peligro y una degradación para las niñas solamente. Entre los más perniciosos *errores comunes* se cuenta el de suponer que únicamente la pureza de las niñas se ha de cuidar y preservar, y que los varones pueden sin inconveniente, desde los primeros albores de la vida, depravar la imaginación, corromper el alma, emponzoñar las fuentes de la sensibilidad y estragar en flor los sentidos. Las razas vigorosas se forman con el respeto a la niñez y a la adolescencia, y el mayor cuidado en no pervertirla. No cabe duda; la raza sajona tarda más que la latina en romper el cascarón de la inocencia, y el fruto sazonado a tiempo tiene después otro sabor, doblemente grato.

Que la profesión de actor expone al niño a una excitación sexual tempranísima y deplorable, no lo podrá negar quien conozca poco ó mucho la índole de esa profesión. Los actores que ya cuentan la edad conveniente para ejercerla no están expuestos a daño alguno; las actrices españolas suelen ser mujeres de intachable conducta y excelentes madres de familia; pero es que cabalmente conocen y miden el peligro, y el uso de razón les presta cautela y dignidad. El niño mal podría precaver ciertos riesgos; sus curiosidades le atormentan; sus propias alas de ángel le llevan al abismo. ¿A qué insistir en lo que no requiere demostración? A nadie se ocultan las consecuencias que el estado de actor puede acarrear a un niño.

El doctor Moreau enseña que los chicos precoces son todos candidatos a la locura, en mayor ó menor grado. Sin embargo, cuando la precocidad es una disposición natural, un impulso genial mejor dicho, no lleva en sí la amenaza de tan graves desórdenes como cuando resulta de una cultura forzada y artificiosa, que estimula violentamente un cerebro normal y mediano. Rameau tocando divinamente el clave a los siete años, Mozart componiendo sonatas a los seis, Pascal publicando a los doce un tratado de las secciones cónicas, no hacían más que seguir la corriente de su propio espíritu; y acaso necesita mayor esfuerzo y se infiere más daño la diminuta actriz de la Zarzuela para cantar un tango ó para representar una escenilla picaresca, subrayando efectos y marcando intenciones con el gesto y la voz.

* *

Después de reconocer que el hecho de organizar compañías de «niños actores» constituye un abuso y también una ilegalidad — pues existen numerosas disposiciones que implícitamente lo prohíben, y están en vigor y sólo necesitarían una ligera aclaración para que se pudiese calificar de delito público la salida a las tablas de criaturas menores de doce y diez y seis años, — conviene añadir que no es este el único ejemplo de la indiferencia con que aquí se miran la salud y la moralidad del niño. Algunas veces, en la calle, he oído las conversaciones de los chicleos — no ya de los que visten el desarrapado traje de golfos ó el mugriento andrango de la mendicidad, sino de esos niños de mejillas relucientes en que se notan las huellas del agua fresca, de pelona bien recortada, de calzado lustroso y de ojos alegres: niños de familia acomodada, alimentados y cuidados, con hogar, con instrucción — y he escuchado salir de su boca de rosa las palabras más brutales y groseras, los dichos más horriblemente cínicos, cuyo sentido no sé si comprenderían por entero, ¡y ojalá no! Mientras encendían el apestoso cigarro, que chupaban de un modo inhábil, apretando los dientes y hundiendo los carrillos, y reían con la fresca risa de su adorable edad, las frases indecentes brotaban a chorros, los juramentos y las blasfemias se atropellaban, y yo recordaba la princesa de los cuentos de hadas, aquella que al hablar soltaba, en vez de perlas y rosas, feos lagartos, asquerosos sapos y negras víboras. ¿Por qué se expresaban así los infelices niños? ¿De qué modo habían adquirido el estribillo canallesco? Fácilmente se adivina: repetían lo que aprendieron de los grandes. No inventan los chicos: imitan lo que ven, lo que oyen; son jimios; se moldean en los mayores; si los mayores rezan, rezan, y si juran y reniegan, reniegan y juran también. La sucia boca del español adulto hace la sucia boca del niño; sólo que en el niño resalta más lo antipático, lo brutal de esta costumbre, a que sin notar lo pagan tributo casi todos, y que es una de nuestras inferioridades, externa si se quiere, pero ¡cuán trascendente a lo interno!

Jamás se les ocurriría a los chicos la extravagancia

de fumar, si no advirtiesen que a sus padres no se les cae de los dedos el cigarro, llegando el hábito a constituir necesidad tan imperiosa, que en el tranvía, los cortos instantes que el reglamento obliga a prescindir del cigarro, vierais a los hombres desasosegados, nerviosos, contraídos y tristes como víctimas, acechando el momento de bajarse, no por llegar al término del viaje, sino por sacar la petaca ó la cajetilla, restallar el fósforo y disfrutar las inefables delicias del chupetón. Por fuerza han de creer los niños que el cigarro contiene el paraíso de Mahoma, al observar en los mayores tal entusiasmo por él, que ni cinco minutos viven y respiran sin disfrutarlo. El cigarro y la blasfemia son, para el niño, símbolos de la toga viril. Ser hombre no es ser sabio, ni ser bueno, ni ser fuerte, ni ser laborioso; ser hombre es quemar sin tregua una hierba que sabe mal y decir muchas obscenidades y muchos pecados. — ¡Pobres niños!

* *

Sin salir del tema de la infancia, sépase que estos días se admiran en el Retiro dos cachorrillos de león la cosa más linda del mundo. La infancia es graciosa en las especies animales como en la humana; y esos leones pequeños tienen los juegos, las monerías y las espontaneidades de una criatura mimada y gentil; en términos que dan tentaciones de traérselos a casa, ni más menos que si fuesen perritos ó gatos domésticos, y, andando el tiempo, no hubiesen de crecer, rugir y devorar.

Corrió hace ya dos ó tres años por Madrid la noticia de que una señorita muy fina y acaudalada, huérfana y libre, se había enamorado ciegamente de un domador de leones. El caso, asaz romántico, no tenía nada de maravilloso, porque el valor, en cualquier forma que se presente, ejerce influencia y tiene prestigio sobre la imaginación de la mujer, y hasta la misma temeridad del arrojito contribuye a la seducción. La señorita no perdía una noche del Circo donde su predilecto realizaba los ejercicios de su profesión; y cada vez que le veía expuesto al peligro, cada vez que le contemplaba intrépido y sonriente, con su delgado latiguillo en la mano, dominando con la mirada y la actitud a las fieras, el entusiasmo y la ilusión crecían, la pasión se hincaba más adentro en aquel alma de mujer. El domador no sospechaba nada de su triunfo. Estaba acostumbrado a recibir declaraciones de mujeres excéntricas, pero no se cuidaba poco ni mucho — es bien natural — de los sentimientos callados que sus habilidades podían ocasionar en las espectadoras. Sabía que por él latían muchos corazones femeniles: que fuese de terror, de compasión ó de amor, no le importaba, en suma, porque un interés más profundo, el del combate y el peligro diario, le absorbía enteramente. Sin embargo, una noche, al terminar el número é inclinarse para agradecer los aplausos, notó que dos ojos velados de lágrimas le envolvían en su mirar, y que una cara pálida, llena de ansiedad, permanecía vuelta hacia él mientras iba retirándose. De esta primera observación a las demás sólo había un paso que dar: el domador siguió observando y pronto pudo cerciorarse de lo que ya decía todo el mundo: aquella señorita iba al Circo diariamente, entraba proxima- mente a la hora en que el domador aparecía, y se marchaba cuando éste daba por concluido su trabajo. La certidumbre de haber inspirado una pasión discreta, sincera y pura no le fué indiferente al domador; por espacio de una semana, la energía que al entrar en la jaula desarrollaba siempre, recibió un estímulo grato, algo que se parecía a poético orgullo, y su actitud fué más noble y resuelta que nunca y su mirada brilló con resplandores eléctricos, al subyugar a sus feroces amigos, dos grandes leones africanos, macho y hembra, y dos jaguares del Brasil, todavía más temibles é indómitos que los leones.

Mas como quiera que el plazo de la contrata expiraba, y el domador tenía que estar antes de junio en Viena, deseó dejar a la enamorada un recuerdo suyo; y averiguando el domicilio de la señorita, la remitió, bajo perfumado sobre, una magnífica fotografía... ¿suya? ¡No mil veces! La fotografía no era sino de *Drago*, el león macho (animal hermosísimo, con una melena regia y unas posturas de soberana y majestuosa dignidad). Y cuando los confidentes del domador le preguntaron por qué no enviaba su retrato propio y sí el de la fiera, contestó riéndose:

— Porque esa señorita no me quería a mí, sino a mis leones.

Este suceso se me acordó al ver los preciosos leoncillos del Retiro, dignos por su gentileza de que cualquier señorita conserve su retrato.

EMILIA PARDO BAZÁN



ENTRADA DE SAN FERNANDO EN SEVILLA, composición de Andrés Parlade

(Véase el artículo de José Gestoso y Pérez)

LA ENTRADA DE SAN FERNANDO

EN SEVILLA

Efeméride del 22 de diciembre de 1248

Los dos hechos más culminantes y que más poderosamente influyeron en el triunfo de los cristianos sobre los musulmanes durante el siglo XIII, fueron, á no dudarlo, las victorias de las Navas y de la toma de Sevilla. A consecuencia del primero, puede decirse que vino á tierra el poderío de los almohades, y como resultado del segundo, posesionados los castellanos de las más importantes ciudades de *l'Andalus*, podía ya preverse en plazo no lejano la total ruina de la dominación musulmana en España.

Largo y penoso fué el asedio de Sevilla; desde el 20 de agosto de 1247 hasta el 23 de noviembre del siguiente año tuvo puestos el monarca Fernando III sus reales, y con tanto ahinco y con interés tanto, que al decir de la Crónica no pensó jamás levantar el cerco, cuya decisión pruébase por el aspecto del campamento cristiano, el cual hallábase compuesto con la traza misma de una ciudad; pues tenía sus calles y plazas, cada una de las cuales era conocida por su nombre particular, y así llamábanse la de los panaderos, carniceros, armeros, etc. Acudieron á esta empresa muy valerosos magnates y ricoshombres de diversos países con sus milicias; húbolos alemanes, genoveses, franceses y de otros reinos, los cuales procuraban emular con los castellanos en valor y bizarría. En esta empresa vióse reunida la flor de la caballería española, formando aquellas mesnadas el más apuesto y lucido ejército, que de nada carecía, pues artifices y menestrales establecidos en el real atendían á todas las necesidades.

Separado de la ciudad el más importante de sus arrabales, el de Triana, por el caudaloso Guadalquivir, y á ésta unido por el gran puente de barcas, pensó desde luego D. Fernando en la conveniencia de aislar la ciudad de aquel populoso barrio, por el cual entraban principalmente los mantenimientos. Necesitábase, pues, de una escuadra, cuya fabricación encomendó el monarca á su almirante Ramón Bonifaz, el cual pudo con ella surcar las aguas del celebrado río y romper el puente de barcas, hecho

memorable que acaeció el día de la Cruz de Mayo de 1248, que si gran pena causó á los sitiados, fué de inmenso júbilo para los castellanos, que desde entonces pudieron juzgar muy próximo el ansiado día del triunfo.

Así acaeció en efecto; al cabo de quince meses de asedio y de constantes luchas, faltos de víveres y de recursos que cada vez eran más difíciles de obtener, convencidos de que no podían esperar auxilios ni socorros, hicieron varias proposiciones los sitiados, y en su nombre el wali Abul-Hasan Axataf, al monarca castellano, á las cuales no contestó éste, pues les exigía la entrega de la ciudad, concediéndoles sólo que la abandonasen los que quisieran, llevándose los bienes que pudiesen transportar consigo, y bajo estas condiciones se verificó la capitulación el 23 de noviembre de 1248.

No obstante haberse efectuado la entrega en el citado día, difirió el monarca vencedor cerca de un mes el acto solemne de celebrar su entrada, para dar tiempo á que negociasen sus haciendas y dispusieran de sus bienes los vencidos, y al cabo el 22 de diciembre tuvo lugar aquélla con toda la pompa y el esplendor propios de la importancia del suceso que se celebraba.

Apenas si la imaginación puede concebir aproximadamente el maravilloso conjunto de aquel cuadro lleno de luz, deslumbrante de colores, ostentoso y magnífico, cuya belleza debió superar á todas las ficciones de la más ardiente y creadora fantasía.

Desde los campos de Tablada hasta la puerta de la ciudad que los moros llamaron de Goles, veíase aquella vasta extensión poblada de infinitas criaturas; ya de los desdichados que se dirigían al río para embarcarse al Africa; ya de los que se encaminaban al reino de Granada, que tristemente volvían los ojos para mirar por última vez á su ciudad querida; ya de los menestrales, mercaderes y traficantes del campamento, que transportaban en sus acémilas las vituallas y mercancías que componían sus haciendas; ya finalmente de los soldados que acudían á unirse á las mesnadas de que formaban parte.

El inusitado movimiento de tantos seres, cuyos abigarrados y brillantes trajes deslumbraban al ser heridos por el sol; los cantos de júbilo; el estruendo de las armas; los lejanos sonidos de las trompetas

llamando á los soldados dispersos; el relinchar de los caballos, que inquietos caracoleaban moviendo las ricas y blasonadas gualdrapas que los cubrían; los solemnes cánticos de los religiosos y las voces de mando de los caudillos para organizar sus huestes, con tantos otros pormenores inenarrables, producirían unidos el más sorprendente efecto.

Organizóse, pues, la comitiva en la forma siguiente: iban delante los caballeros de las órdenes militares, con sus férreas lorigas, almofares y bacinetes, con sus blancas sobrevestas en que lucían las cruces bermejas y verdes, que asimismo resaltaban sobre las bruñidas superficies de sus escudos, dando al viento sus pendones con las propias insignias, precedidos de los grandes maestros D. Pelayo Pérez Correa, que lo era de Santiago; D. Fernando Ordóñez, de Calatrava; D. Pedro Yáñez, de Alcántara; D. Fernando Ruiz, de San Juan, y D. Gómez Ramírez, de la del Templo. Seguía luego numerosísimo clero con los preladados de Jaén, Córdoba, Cuenca, Avila, Astorga, Cartagena, Palencia y Coria, revestidos de sus pluviales capas y mitras de argentería y sus báculos de oro, entonando preces al Altísimo en acción de gracias. A continuación, sobresaliendo por encima de todos, en riquísimo carro triunfal, la imagen de talla de Nuestra Señora, vestida de deslumbrantes estofas, á la cual acompañaban á pie el monarca santo, llevando en su diestra mano la espada desnuda, y con él la reina doña Juana, su esposa; los infantes D. Alfonso, D. Fadrique, D. Enrique, D. Sancho, D. Manuel, hijos del rey; el príncipe D. Alfonso de Molina, su hermano; el infante D. Pedro de Portugal; el hijo del rey D. Jaime de Aragón y el del rey moro que fué de Baeza, y Micer Uberto, sobrino del Pontífice Inocencio IV. Detrás de este numeroso grupo, resplandeciente por sus recamados trajes, riquísimas armas y joyas, iban D. Diego López de Haro, duodécimo Señor de Vizcaya, y los ricoshombres, caballeros y nobles leoneses y castellanos, á los cuales seguían las milicias concejiles y de los magnates del reino con sus mil variadas enseñas y pendoncillos blasonados con las heráldicas empresas que demostraban el pueblo ó señor á quien servían.

En este orden y siguiendo la margen del río llegaron hasta la mencionada Puerta del Arenal, en cuyo paraje salió al encuentro de la comitiva el desventu-

rado Abu-l-Hasan Axataf é hizo entrega al monarca vencedor de las llaves de la ciudad, la cual volví á poder de los cristianos después de 536 años, desde el de 712 al de 1248, habiendo sido provincia del califato de Occidente durante 308, reino independiente con la dinastía abbadita 71, gobernada por los almoravides 55 y bajo el dominio de los almohades 102.

Suceso tan capital y que tan grande influencia había de tener para el imperio de los musulmanes españoles, prestábase en gran manera á ser cantado por la lira poética, y las lágrimas de la desventura de los que abandonaban el privilegiado suelo sevillano buscando refugio donde acabar sus días, y los ayes de dolor de los que siendo señores se veían convertidos por la mudable fortuna en miserables esclavos, arrancaron sentidas estrofas al sentimiento de la dulcísima musa árabe, que cantó de esta suerte por boca de su poeta Abu-Bekka Saleh, hijo del Xerif de Ronda, la pérdida de la más hermosa ciudad musulmana.

Todo cuanto llega á su apogeo comienza luego á descender. ¡Hombre, no te dejes desvanecer por los embelesos de la vida!

Todo lo humano sufre tristes alternativas; si hoy le halaga la fortuna, mañana sufre sus reveses.

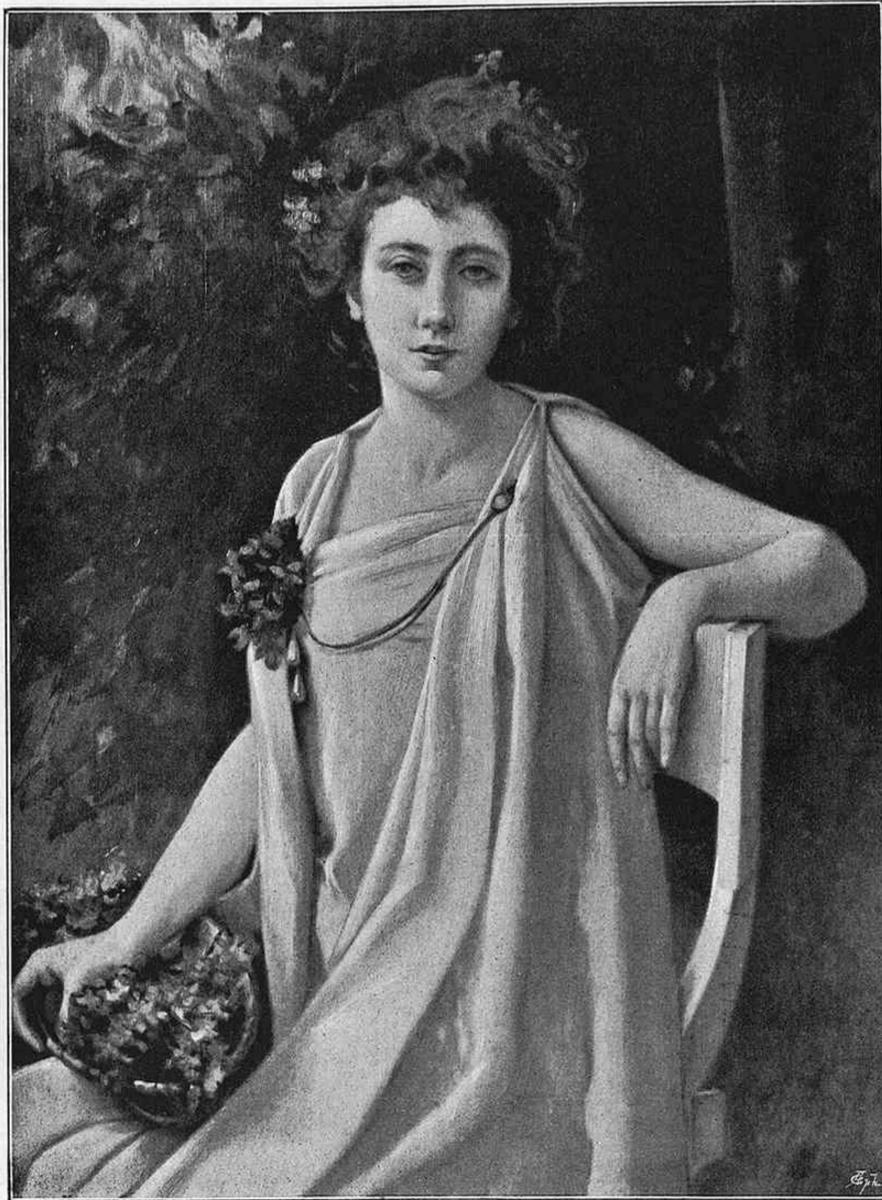
Si nada permanece inmutable en la morada terrestre, ¿podrá ser el hombre de mejor condición, y gozar invariablemente de una misma suerte?

Decreta Dios, y saltan hechas pedazos esas corazas impenetrables al acero de las espadas y de las lanzas.

Desgracias hay que son llevaderas, porque cabe consuelo en ellas; empero no lo hay ni cabe para la herida que acaba de sufrir todo el Islam.

Tremendo, inaudito é irremediable quebranto lacera en este momento á España. Sus ayes de dolor resuenan hasta en la Arabia, y los montes de Ohod y Thalan se estremecen con horror.

¿Dónde buscaremos á Sevilla con todas las galas que vestían



VIOLETAS DE ROMA, cuadro de Carlos Pellicer

sus campiñas, con aquel grandioso río de aguas tan cristalinas, abundantes y deleitosas?

do..., digo, cobrando treinta reales todas las noches... Digo, todas las noches que trabajo. ¡Qué vergüenza!

Como llora el amante la ausencia de su dulce dueño, así llora sin consuelo el Islam.

Nuestras mezquitas se transformaron en iglesias, y sólo cruces y campanas aparecen en ellas.

Hasta nuestros santuarios y púlpitos, de madera insensible y durísima, prorrumpen en gemidos y copioso llanto al presenciar tanta desventura.

Torpe afronta mancilla la honra de los que moran en España...

¡Ah! Si vieras sus rostros inundados en lágrimas cuando los llevan encadenados al mercado, tu corazón se quebrantaría de dolor y tu mente se ofuscaría.

¡Si los vieras errantes, despavoridos, sin asilo, hasta sin tierra donde poner la planta, ceñida la túnica y arrastrando la cadena de la esclavitud!

¡Oh, Dios! Mares y montañas separan la madre del hijo... Las almas andan errantes separadas de sus cuerpos.

Y esas doncellas hermosas como soles, cuya aurora esparce rubíes y corales... ¡Oh, dolor! Los bárbaros se las llevan y las destinan á trabajos serviles é ignominiosos... ¡Ay!, que de sus ojos brotan raudales de lágrimas y de sus pechos suspiros que hacen estremecer.

Al presenciar tanto desastre, ¿cómo no se desangra el corazón de quien conserve en él siquiera un átomo de fe y de islamismo?

J. GESTOSO Y PÉREZ

IL CENERENTOLO

Inspiraba temor, lástima y risa el ver al pobre Domínguez con aquella barba de manguitería, que más que barba parecía fleco, y el casco guerrero calado, y metido el cuerpo en una coraza que hacía el efecto de una zafra deteriorada.

¡Pobre guerrero!

Pasaba su vida rabiando.

—¡Postergado siempre!, exclamaba á solas y en cuanto cualquiera le preguntaba algo, aunque fuera en asunto ajeno al teatro.

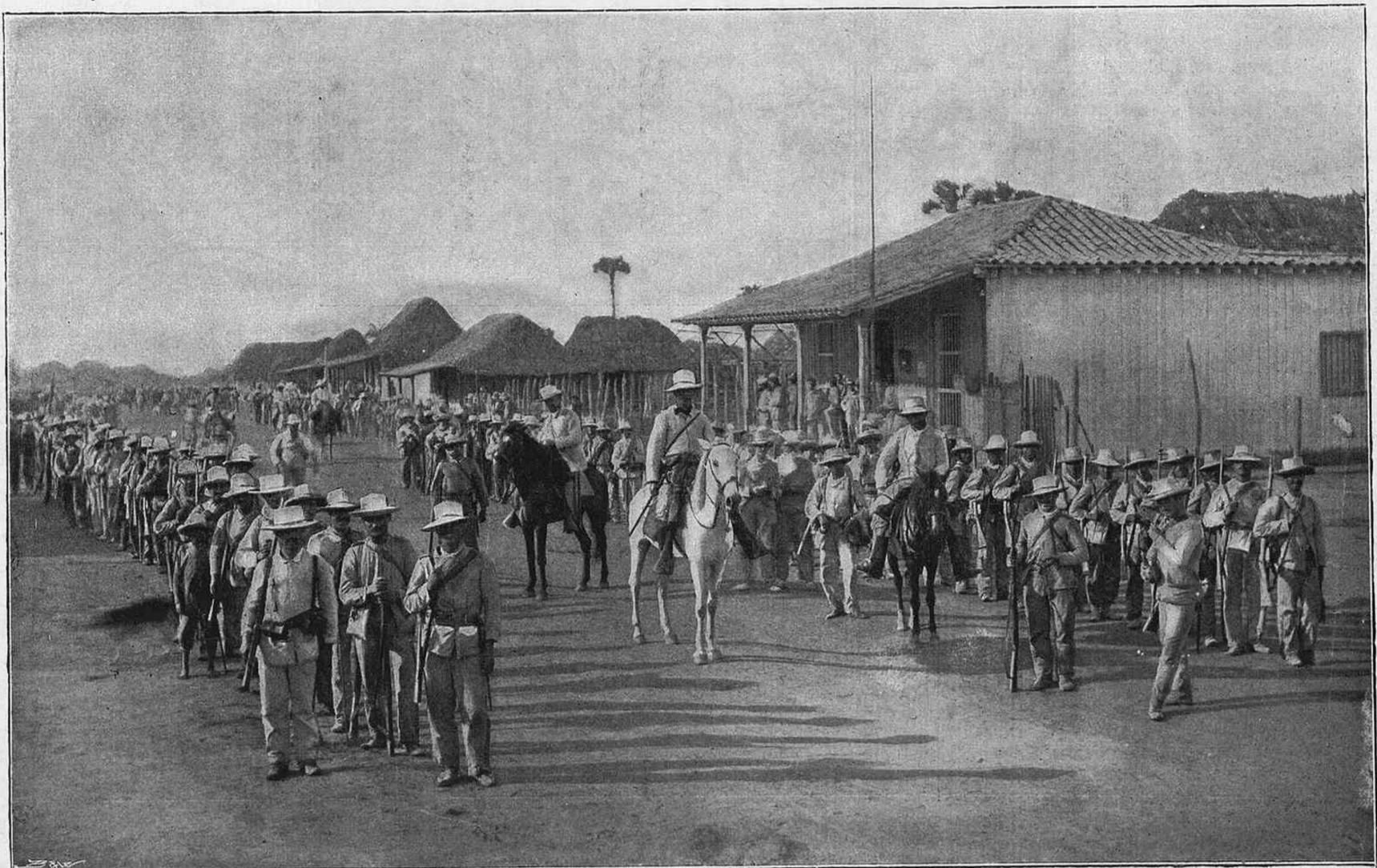
—Aquí me tiene usted, ganando...



SEVILLA. - UN EMBARCADERO EN EL GUADALQUIVIR, dibujo de Manuel García Rodríguez



LA GUERRA DE CUBA. - UNA COLUMNA HACIENDO ALTO EN PINAR DEL RÍO (de fotografía de G. C. Musgrave)



LA GUERRA DE CUBA. - COLUMNA EN MARCHA EN PINAR DEL RÍO (de fotografía de G. C. Musgrave)

— Ya, ya; es abusar de usted, le decía algún abonado, «para darle cuerda.»

— Éste, que hace de su voz cuanto quiere, solía interrumpir un compañero que se divertía oyéndole y que estaba resignado con su puesto en el cuerpo de coros y el porvenir de Tamberlick con guitarra ó de Tamagno transeunte, sube adonde le acomoda, si lo permite el portero, y baja hasta donde puede bajar un hombre digno, aunque pobre solemne.

— Déjame, Marcial, y no me exasperes.

— Qué, ¿no soy yo el primero que te hace justicia?

— A mí todos me hacen justicia, replicaba Domínguez. ¡Verdugos!

— ¡Verse un hombre así!, me decía. Porque aquí, donde usted me ve, disfrazado de mamarracho, he cantado como primer tenor en San Carlo y...

— En San ceremonie, apuntaba el chusco.

— He cantado *I Lombardi Veneti, Il ballo in maschera, Lucia, Trovador...*

— *Otello ó el moro de los dátiles...*

— ¡Marcial!

— Pero, hombre, ¿qué sacas con vivir en continuo berrinche? Haz lo que yo: salgo á escena, abro la boca y muevo los brazos como si me «tiraran de unos cordelitos» desde el foso. Una noche me sorprendió *in fraganti* el director de escena.

— ¿Y usted per che non sona?, me preguntó indignado.

— Per che me sente roto por dentro, respondí sin inmutarme.

— E bene, á la calle, gritó.

Conque yo le esperé después de la función, y sacando de un bolsillo del gabán que fué ruso y ahora es de la múltiple alianza de paños diferentes, la llave de la puerta de mi casa, tamaño como la de la Puerta Otomana, le dije, mientras le apuntaba con ella á manera de pistola:

— ¡Tú vai morire, morrale!

Conque el pobre, muy asustado, me pidió perdón y me aseguró que continuaría en el teatro.

— ¡Ah! Per Dio, non volo morire si giovinne... ¡Ah, mio fratello!

— No me pongas motes y basta, repliqué.

— Pero tú, objetó el fúnebre Domínguez, no tienes afición, ni voz...

— Pero tengo apetito desordenado de comer, beber y arder, y equivale á la voz y á todo. Créeme y déjate de piques y de disgustos, que nada ganarás con eso.

— Yo no puedo sufrir á este tenor.

— Yo, en cobrando, sufro á éste y al tenor siguiente; ya lo creo.

— Yo soy el *Cenerentolo* de la compañía. «Domínguez, que se ha indispuerto el barítono, ¿quiere usted salvarnos, cantando su parte?» Y la canto y...

— En poco vas á la cárcel: lo recuerdo; fué en Córdoba y un guasón de la galería te llamó «Juan de los gallos.»

— ¡Te has propuesto que yo me vuelva loco?

— No, hombre, no: al revés, que te cures.

— ¿No he cantado yo esa misma ópera en varios teatros?

— Sí, pero con desgracias personales, casi, casi.

— ¿Y por qué me postergan y traen á ese grillo?, preguntaba Domínguez en el delirio.

La compañía continuó poniendo el grito en el cielo en diversos teatros de España.

Domínguez no podía aguantar más el papel de *Cenerentolo*.

— Estoy resuelto, pensó; esta noche en *Lucia*, mato á ese hombre, artística ó materialmente.

Y efectivamente, cantaban *Lucia* en Soria.

El teatro estaba lleno.

Pasó el primer acto, y Domínguez, tascando el freno, aguantó.

Pero cantar el partiquino, exponerse á la grito que, indefectiblemente, se llevan cuantos se encargan del papel, no podía ser.

Domínguez, llegado ese momento, emprendió á



UN JEFE INDIO, cuadro de Antonio Fabrés

cintarazos con su rival, y siguió cantando la parte del tenor.

El público aplaudía con entusiasmo.

¡Qué colorido! ¡Qué verdad!

El apaleado se quejaba como si le doliera efectivamente.

Y vaya si lo parecía.

Al terminar el acto cayó sin sentido el pobre tenor.

¡Pobre Domínguez!

El último acto le cantó en la cárcel, vestido de *maschera*.

Y su compañero, que fué á visitarle, le decía:

— Ahora te convencerás de la lealtad de mis consejos. Si ese tenor no vuelve á la vida pública, y muere, ¿qué va á ser de tí? ¡Morir disfrazado! ¡Y poco que reirán las gentes! Porque no te permitirán, digo yo, salir para mudarte de ropa.

Afortunadamente el apaleado recobró pronto el «poco conocimiento que disfrutaba» y Domínguez salió á la calle.

Pero no se enmendó.

Y, como dice su amigo:

«Ese muere en un patíbulo por robarle la voz á un tenor de veras.»

EDUARDO DE PALACIO

¡QUIEN NO CORRE!..

¡Era cosa de ver el resultado que aquel año habían tenido los segadores gallegos que, según costumbre inveterada, llegaron, *pedibus andando*, á las ardorosas llanuras de Castilla!

Las planicies sembradas de doradas mieses, ondulantes al menor soplo del aire caliginoso de la canícula, se presentaban ya calvas como vieja quintañona y peladas como testuz de recluta; los graneros se combaban al peso de aquellos montones de granos rubios como el oro; por la atmósfera bailaban enturbian-dola esos millones de moléculas que las operaciones de la siega lanzan al aire, y tordillos y verderones bajaban como flechas desde los aleros de los tejados de las casas y campanarios vecinos á picotear los granos que el suelo contenía olvidados.

Los segadores, tostados como reos inquisitoriales, nervudos como garrotes, fuertes como los castaños de su tierra, sufridos como mártires, veían la labor terminada y sus bolsillos repletos con las *onciñas* que aseguraban la vida de aquellos rapaces que habían quedado en la aldehuera, jugando con los chotos y retozando entre los maizales, erguidos como palmeras.

¡No se presentaba mal invierno! Los ricachos castellanos podrían abrir un gran mercado de trigo, compitiendo con el que á buques llenos Rusia exporta, y los segadores no tendrían que temer las exigencias del fisco ni volver á alentar ideas de emigración, y los airños salutíferos de la tierra, siempre dulce y cariñosa, siempre verde y perfumada; no dejarían de refrescar, humedeciéndolos, aquellos rostros abrasados por el calor tropical de Castilla en el verano.

Farruco y Toñuelo jamás se habían visto con tanto dinero junto. Aquello era una felicidad, y por bien empleados podrían dar todos los sudores que les costó el ganarlo.

Había que pensar, no obstante, en no gastar toda la alegría en salvas y realizar cuanto antes el regreso á la tierra, donde con los brazos abiertos habían de esperarlos familia y amigos.

Cosa sencilla es hoy emprender un viaje alrededor del mundo, pero en los tiempos de Farruco y Toñuelo la cosa revestía la importancia de una cuestión de vida ó muerte.

Además la cuadrilla con que llegaron á las para ellos apartadas regiones, había sufrido una gran dispersión. Unos de sus miembros se habían alargado á ver las maravillas de la corte; otros habían encontrado colocación urbana que llenaba sus aspiraciones, separándoles del terruño, y algunos, sin encomendarse á Dios ni al diablo, habían hecho su retorno como pudieron.

Encontrábanse, pues, Farruco y Toñuelo aislados, solos y en brazos de sus propias iniciativas. La cosa era peliaguda, tanto más, cuanto que los sucesores y continuadores de las hazañas de Rinconete y cofrades abundaban que era un primor, teniendo en constante alarma á cuantos por necesidad, que eran entonces los más, ó por gusto, que eran los menos, emprendían un viaje.

La cosa, pues, merecía estudiarse.

Y como más vale un avisado que cien doctores, y Toñuelo y Farruco no estaban dispuestos á perder en un momento lo que tantos días, tantos trabajos y tantos sudores les había costado adquirir, diéronse á pensar, encerrados en el fondo obscuro de sus madrigueras, la manera de llegar á Monforte, no sólo sanos y salvos, sino que, aun á trueque de arribar llenos de polvo y paja, conservando las relucientes onciñas, punto, basé y fundamento de una vida holgada durante ocho meses de crudo invierno.

Doña Necesidad ha sido, es y será la mayor milagrera.

Farruco y Toñuelo, instigados por ella, ó por ella guiados, tomaron por unanimidad la más peregrina de las resoluciones.

Colocados en la carretera que á Galicia conduce, procuraron, antes que la noche cerrara, el encuentro de una de esas parejas cuyos tricornos espantan como nada de sus alcances á la maleante gente que siempre abunda por los caminos.

Quando la hubieron encontrado, á ella se dirigieron, diciéndole en dialecto muy parecido al castellano ó en castellano muy parecido al gallego:

«Señores: nosotros dos somos dos pobrecitos bandoleros que habiendo cometido el robo de unas onciñas al cura de la aldehuela tal de Monforte, las cuales onzas llevamos encima, queríamos llegar á la corte para gastárnoslas alegremente. Pero la conciencia nos recuerda por este delito; deseamos reintegrar al señor cura su dinero y nos ponemos á disposición de vuestras mercedes para que por tránsitos nos conduzcan á nuestra tierra, donde al juez daremos cuenta de nuestro delito, al señor cura devolveremos sus ahorros y á nuestros cuerpos les tocará sufrir la pena que las autoridades nos impongan en justo castigo á nuestra perversidad.»

La pareja de civiles, verdaderos ángeles custodios de los caminantes, ¿qué más quiso escuchar? Oída la confesión, amarró á sus penitentes codo codo, no desprendiéndose de ellos hasta que, muy recomendados, les entregó á su compañera la pareja del puesto inmediato.

Y así sucesivamente, ¿hasta nuestros días?.. ¡No!, hasta Monforte.

Y cada pareja contaba con que aquel servicio le

sería premiado con un ascenso en su carrera ó con una condecoración por lo poco para su casaca.

Excusado me parece añadir que Toñuelo y Farru-

co hicieron la caminata asegurados de tal modo que en los días que duró la peregrinación no tuvieron los aguzados caminantes el tropiezo menor.

Ignoraron siempre si algún discípulo de Monipodio tuvo intención de desbarlijarlos. Lo que sí vieron fué que la sorpresa de los civiles fué mayúscula, cuando se convencieron en Monforte de que todo el vecindario, incluso el cura, recibía á los segadores con las muestras más expresivas del cariño más acendrado; que habían servido inocentemente de escolta á unos pícaros, con tanto ingenio como escama y medrosidad; que hay rústicos que dan ciento y raya á los más afamados talentos cortesanos, y... que en este mundo el que no corre es porque vuela.

Voilà tout.

Y como me lo contaron, queridísimo lector y linda lectora, te lo cuento, sin añadir ni quitar punto ni coma.

CARLOS OSSORIO Y GALLARDO



FLOR DE LYS, fotografía de Miss Frances B. Johnston, de Wáshington (Exposición de la Real Sociedad Fotográfica de Londres de 1897)

NUESTROS GRABADOS

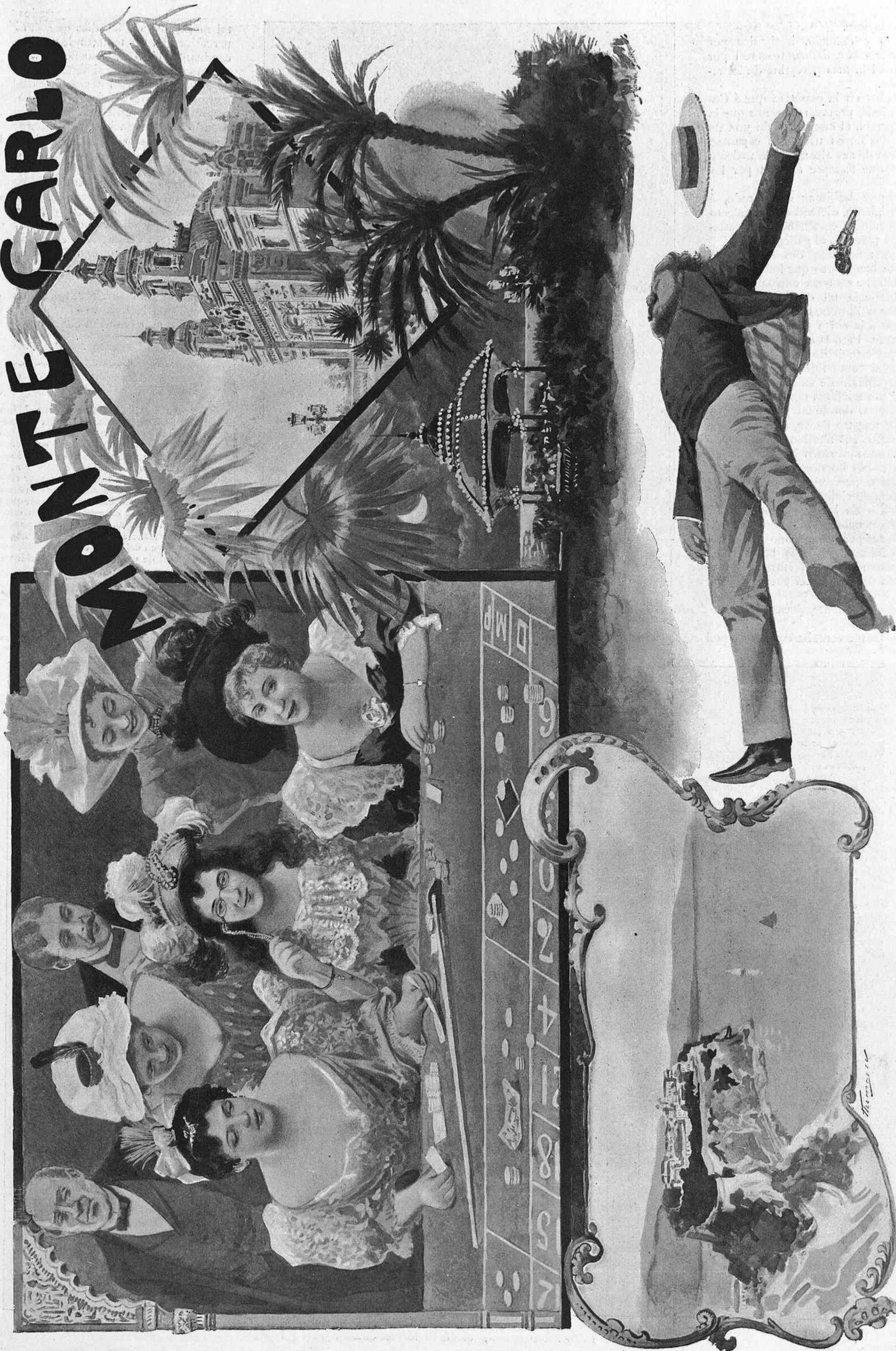
Flor de lys, fotografía de Miss Frances B. Johnston.—Cada día se aprecia en más la importancia de la fotografía, no ya en sus vulgares aplicaciones, sino en el concepto artístico: de aquí el sinnúmero de exposiciones que se celebran en los principales centros del arte, entre los que ocupa lugar muy preminente la ciudad de Londres. De uno de los certámenes allí celebrados recientemente procede la fotografía que en esta página reproducimos, y acerca de cuyas bellezas nada diremos, porque de tal manera saltan á la vista, que á no saber el origen del grabado creería cualquiera que se trata de una obra pictórica debida á un maestro consumado.

Escena final de la ópera «Carmen,» cuadro de Manuel Cabral Aguado y Bejarano.—El hermoso cuadro que reproducimos, inspirado en la notabilísima partitura del malogrado Bizet, es obra del Sr. Cabral Aguado Bejarano, distinguido profesor de la Escuela de Bellas



ESCENA FINAL DE LA ÓPERA «CARMEN,» cuadro de Manuel Cabral Aguado y Bejarano (Exposición de Bellas Artes de Barcelona)

MONTE CARLO



MONTE CARLO, dibujo de F. Gómez Soler. (Reservados los derechos de reproducción)



EN EL BALCÓN, cuadro de José Llovera (Salón Parés)

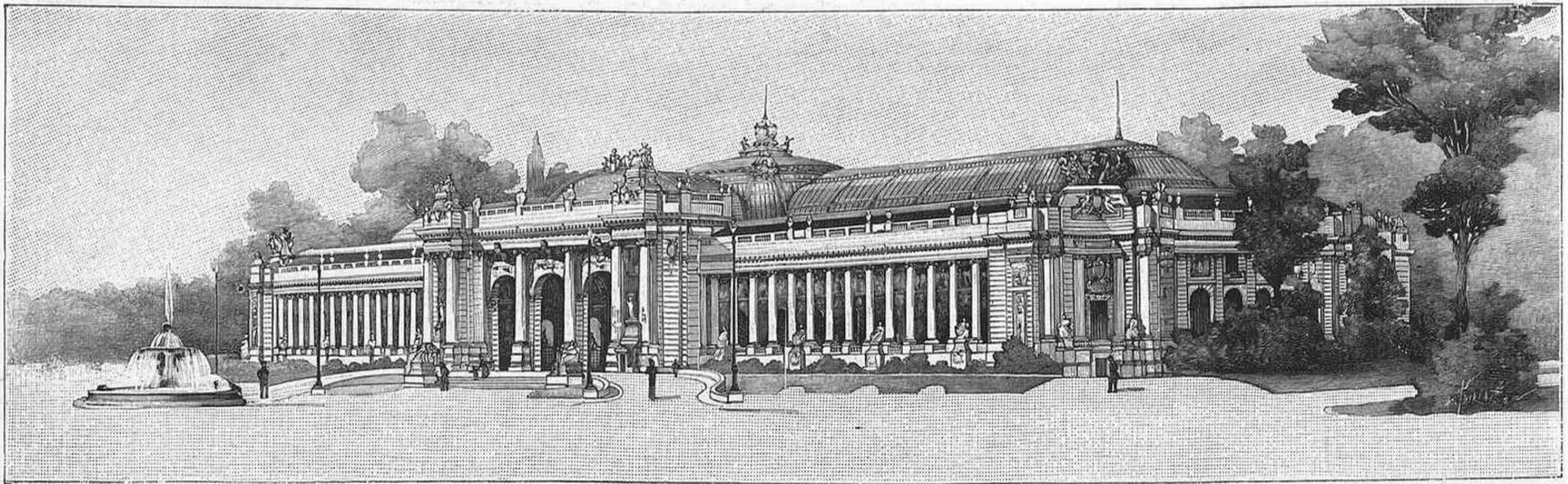


Fig. 1. - Gran Palacio de Bellas Artes que se construye en los Campos Elíseos de París

Artes de Sevilla. No se trata, pues, de la producción de un artista novel, muy al contrario, puesto que el autor del lienzo á que nos referimos ha demostrado repetidas veces su valía y obtenido señalados triunfos en diversos certámenes artísticos. Su hermosa composición es una muestra de sus recomendables aptitudes y de su facilidad é inteligencia para disponer y ejecutar en el lienzo escenas movidas esencialmente dramáticas, que cual la de la escena final de la ópera *Carmen*, tanto impresionan.

Flor de invierno, cuadro de Eduardo Gelli.—Esta obra del ilustre artista italiano fué unánimemente admirada cuando se expuso en el certamen internacional de Bellas Artes recientemente celebrado en Florencia, y en verdad que la admiración nos parece justificada, porque difícilmente puede pintarse un rostro más lleno de expresión y vida, ni una figura más esbelta y elegante, ni una actitud más natural que la actitud, la figura y el rostro de esta dama cuya belleza y cuyo traje explican perfectamente el nombre de *Flor de invierno*.

Violetas de Roma, cuadro de Carlos Peller.—El autor de este cuadro empieza, por decirlo así, ahora su carrera artística, á pesar de lo cual *Violetas de Roma* reúne condiciones que sólo en las producciones de los artistas consumados suelen encontrarse; y es porque, además de sus excelentes dotes naturales, de su entusiasmo por el arte y de su aplicación al trabajo, ha adquirido una educación sólida que actualmente está perfeccionando y completando en París bajo la dirección del insigne Bouguereau.

Sevilla. Un embarcadero en el Guadalquivir, dibujo de Manuel García Rodríguez.—Un nuevo apunte del natural, obra del discreto pintor sevillano Sr. García Rodríguez, ofrecemos á nuestros lectores, copia de una de las pintorescas riberas del Guadalquivir en sitio próximo á la ciudad, que á lo lejos se destaca por encima del arbolado y de la frondosa vegetación, caracterizada por la gallarda Giralda, muestra elocuentísima de la fantasía creadora de los alarifes árabes. Considerable es el número de producciones de carácter sevillano que ha ejecutado nuestro distinguido amigo, y á pesar de ello, vemos con satisfacción que siempre halla nuevos asuntos en que inspirarse y medio para demostrar el intenso cariño que dedica á la ciudad que le vio nacer.

Guerra de Cuba.—Los dos grabados que publicamos en la página 805 continúan la serie de los que venimos dando en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA como información gráfica de la lucha que sostenemos en la perla de las Antillas. La descripción de los mismos nos parece innecesaria, porque no sólo en España, en el mundo entero interesa en alto grado la guerra de Cuba, y no hay, á buen seguro, quien no conozca al dedillo el sistema de operaciones que allí se sigue. ¡Quiera Dios que pronto podamos dedicar el espacio que hace tiempo consagramos á este asunto á otros más gratos, y si no más honrosos, más útiles para la prosperidad de nuestra patria!

Monte Carlo, dibujo de F. Gómez Soler.—Se ha escrito tanto sobre el juego y sobre el minúsculo principado en donde se ha erigido magnífico alcázar á este vicio, que nos parece ocioso, á propósito de la bonita composición de Gómez Soler, insistir una vez más en unos asuntos tan manoseados. La obra, en éstos inspirada, del reputado dibujante catalán, es digna del mayor elogio porque en ella está perfectamente sintetizada la vida de Monte Carlo, y expresadas con gran acierto las incomparables bellezas naturales de aquel privilegiado país, la magnificencia de su Casino, el aspecto de su sala de juego y un trágico episodio que por desgracia se repite allí con relativa frecuencia.

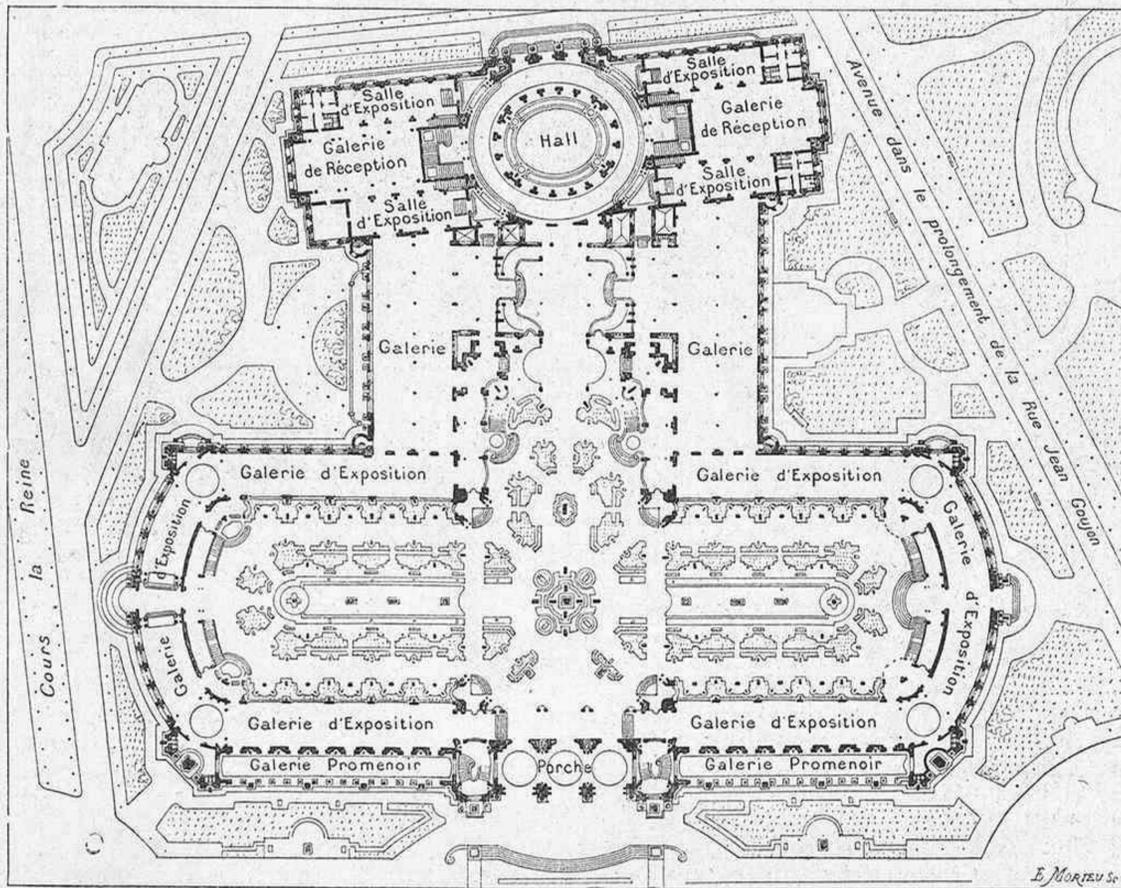


Fig. 2. - Plano del Gran Palacio de Bellas Artes

Un jefe indio, cuadro de Antonio Fabrés.—Cada nueva obra que produce el admirable pincel de nuestro distinguido compatriota es una demostración más de las excepcionales dotes que le adornan y un nuevo laurel que añadir á los muchos que tiene justamente conquistados en su carrera artística. Residente desde hace algunos años en París, Fabrés ha encontrado en aquella capital ancho campo para sus brillantes iniciativas, y en ella y en Londres mercado seguro para sus primorosos cuadros, que se disputan los más inteligentes capitalistas pagándolos á precios exorbitantes. Su *Jefe indio*, una de sus últimas producciones, reúne en alto grado todas las condiciones de valentía y seguridad en el trazo, corrección en el dibujo, minuciosidad en la ejecución y brillantez en el colorido.

En el balcón, cuadro de José Llovera.—No ha sido el malogrado Llovera de aquellos artistas á quienes no se ha hecho justicia sino después de muertos; ya en vida pudo el ilustre pintor reusense saborear las delicias de la gloria conquistada en noble lid y palmo á palmo. Sus obras traspasaron las fronteras de nuestra patria y contribuyeron á vulgarizar el conocimiento de tipos y costumbres de nuestra tierra; y en los principales mercados del mundo hallaban sus primorosos cuadros segura venta á precios elevadísimos, causando admiración por la espontaneidad, la gracia y la intención, que fueron siempre las cualidades salientes del artista renombrado. Estas cualidades aparecen en alto grado en el lienzo que en este número reproducimos, cuyas tres figuras hábilmente agrupadas tienen en sus actitudes una naturalidad y en sus rostros una expresión que cautivando nuestro ánimo hacen brotar de los labios el más caluroso elogio, y recrudecen en el corazón el sentimiento por la muerte prematura de quien supo dar forma á tantas bellezas.

El Gran Palacio de Bellas Artes en los Campos Elíseos de París.—En el número último publicamos las vistas de uno de los palacios que se han de construir en los Campos Elíseos de París; hoy reproducimos el otro, el Gran Palacio de Bellas Artes, cuyo plano definitivo ha sido trazado en común por los arquitectos que obtuvieron los cuatro premios en el concurso de 1896, Girault, Louvet, Deglane y Thomas. Los grabados que en esta página insertamos dan idea completa y exacta de la grandiosidad del conjunto y belleza del exterior de este palacio, así como del acierto que ha presidido en la distribución interior del mismo, en cuyo primer piso se celebrará anualmente el certamen artístico internacional conocido con el nombre de Salón.

La herida del general Mitre, cuadro de Vicente Nicolau Cotanda.—El infatigable pintor valenciano D. Vicente Nicolau Cotanda, domiciliado hace ya algunos años en Buenos Aires, es un artista en toda la extensión de la palabra que sostiene muy alto el pabellón español en las Repúblicas del Plata. Con su cuadro *Los últimos momentos de Dorrego*, que dimos oportunamente, quiso contribuir por su parte á la creación de la pintura histórica argentina, y los aplausos que la crítica le concediera prueban que estuvo inspirado nuestro modesto paisano al trasladar al lienzo aquel interesante episodio de la historia de aquella República.

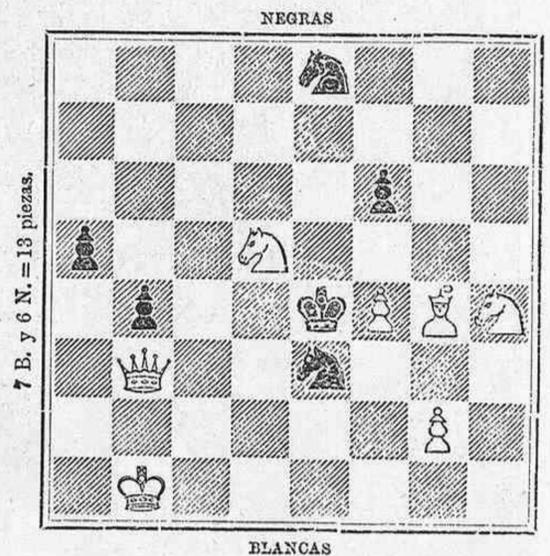
Recientemente ha terminado y expuesto estos días en los salones de «La Colmena Artística» otro cuadro de grandes dimensiones, *La herida del general Mitre*, que reproduce fielmente nuestro grabado de la página 816, y que como el anterior le ha valido á Cotanda espontáneos aplausos.

Ha expuesto además en los citados salones una *Santa Rosa de Lima*, una de las obras más inspiradas de este pintor, y otro cuadrito, *Las rosas*, estudio del desnudo.

Sin duda quiso Cotanda demostrar que su paleta se presta para todos los géneros, ya que en todos ellos se descubren las pinceladas de un maestro.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 99, POR J. POSPISIL (Praga)
Cuarto premio del Concurso organizado por la Revista *Ruy López*.



Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 98, POR B. G. LAWS.

- | | |
|-----------------|-----------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. D 2 CR | 1. P toma P (*) |
| 2. C 4 TR jaque | 2. R juega. |
| 3. A 6 C mate. | |

(*) Si 1. P 6 AD; 2. C 5 R jaque, y 3. A 6 D mate; - 1. R 6 D; 2. C c R jaque, y 3. A mate; - 1. R toma P; 2. D 6 C jaque, R toma D; 3. C 4 TR mate; - 1. R toma C; 2. C 5 C jaque, y 3. D 6 C mate; - 1. T 3 AD; 2. D 2 R jaque, y 3. C 6 D mate. La amenaza es 2. C 5 R jaque, y 3. A 6 D mate.



Apoyada contra una encina miraba aquella alegría

MI TIO JUAN

NOVELA ORIGINAL DE JOSÉ L'HOPITAL, ILUSTRADA POR MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

— ¿Estará ausente mucho tiempo el Sr. Muterel?, preguntó al fin.

— Me ha dicho que no volvería hasta la noche; ya ves que tienes tiempo de pensarlo.

— Pensaré y procuraré que usted quede contento de mí.

— ¡Ah, buena sangre!, exclamó Chantavoine, otra vez con cólera, siempre es algo tener que estarte agra-

decido. Por lo demás, ya sabes que si no puedes decidirte, tanto peor..., nos marcharemos los dos.

— Gracias, tío Juan; pero usted no sería feliz...

— Eso es cuestión tuya, Juanita.

Y salió, sin querer ni atreverse á decir más, aunque bien convencido de que su sobrina comprendía el nuevo sacrificio que de ella esperaba.

Juanita bajó á su vez, y maquinalmente comenzó

su trabajo: en la turbación de su espíritu no veía clara más que una cosa: que era la mañana, que Muterel no volvería hasta la noche, que tenía ante sí un día de calma; y retrocediendo instintivamente ante el horror del partido que debía tomar, abandonábase á ese abatimiento tranquilo, á ese extravío lánguido que serena las almas más atormentadas cuando tienen algunas horas de reposo antes de la crisis decisiva.

Muy pronto, sin embargo, volvió en sí, comprendiendo que era preciso tomar una resolución, conformarse y atenerse á ella.

Pero cuanto más pensaba, más se rebelaba contra el pensamiento de obedecer, humillándose ante aquel miserable.

De repente le ocurrió una idea: recordaba las palabras que dos años antes le había dicho Santiago de Berneville en el camino de Varencieres: «Si alguna vez está usted cansada de la vida que la espera, acuérdesese de mí.»

¿Acordarse de él? ¡Ah!, sí, tal vez...

No había vuelto á verle sino algunas raras veces desde lejos, en la iglesia..., y muy á menudo había tomado el camino del castillo; hasta cierto día penetró en el bosque y comenzó á coger enebro, esperando cándidamente que volviese á pasar por el claro del bosque, persiguiendo á una liebre ó á un corzo, y que le vería y hablaría tal vez. ¡Oh, hablarle, no!., tan sólo verle.

Y á vueltas de estos dulces pensamientos, Juanita, olvidando todo lo demás, dejaba de ordenar á la *Berrenda*, que volvía hacia ella la cabeza, con sus grandes ojos húmedos y como asombrados.

¡Vamos, estaba loca! ¡Cómo había de pensar en ella el vizconde de entonces, conde ahora!

¿Había venido acaso ni siquiera una vez á los Muriaux desde hacía un año? Tan sólo se había visto por allí al agente de negocios, que iba á cobrar los alquileres y á examinar las construcciones... Y ¿por qué se había de acordar el Sr. Santiago de una joven como ella? ¡Seguramente conservaba rencor á su tío Juan, que había votado contra él, y no se quejaba porque se le pagaba bien; pero no volvería á poner nunca los pies en la granja! ¡Para esto hubiera sido necesario que Juanita..., estaba loca, sí, estaba loca!

Y tiró tan nerviosamente del pezón, que la *Berrenda*, impacientada, dió una coz en el cubo y casi le derribó.

¡Sin embargo..., no le quedaba más recurso..., era la última carta que podía jugar! Sí..., ahora lo recordaba bien..., ella fué quien impidió al vizconde denunciar á su padre los manejos de Muterel, y la firma que ponía Chantavoine á merced suya. Lo había hecho por amor á su tío Juan, para impedir que sus hijos le ocasionaran disgustos; pero ¿no se los daban ahora mayores que nunca?

Si el Sr. Santiago quisiera aún... «Acuérdesese usted de mí,» había dicho...

¿Por qué no intentaría este último medio? Tal vez al verla el conde de Berneville recordaría que había sido bueno para ella en otro tiempo. Sí, bueno para ella..., y el único bueno también para su tío Juan.

La mañana avanzaba, y era necesario preparar la comida del mediodía. La señora de Muterel, por supuesto, no se presentó, y según costumbre, se quedó á comer noblemente en sus habitaciones; mas para demostrar que el estado de guerra continuaba, no admitió á Chantavoine á su mesa, y el buen hombre fué á comer tristemente, como otras veces, con sus criados en la cocina.

VIII

Terminada la comida, Juanita se puso el gorro limpio y el vestido de los días de fiesta, y salió, dirigiéndose hacia Berneville. Eran los primeros días de septiembre; un sol deslumbrador reflejábanse en la llanura; el aire tenía esa pureza admirable que solamente el otoño le puede comunicar; las espesuras sombrías del parque se iluminaban en el horizonte bajo la ardiente luz, y hasta la línea de los bosques, que cerraban la llanura como un circo inmenso, los rastrojos, las alfalfas, los campos de remolacha y los trigos negros granados extendíanse como una alfombra cambiante.

De repente Juanita prestó oído; á lo lejos resonaban detonaciones de arma de fuego; una liebre pasó por delante de ella como una flecha, huyendo azorada, con las orejas gachas; y una bandada de perdices, dejándose caer en el rastrojo, comenzó á correr por un surco. Juanita dió algunos pasos más, y llegada á un altozano que dominaba la llanura, vió muy lejos, en dirección de los bosques, una larga línea de cazadores. En un principio creyó que venían hacia ella, pero muy pronto pudo reconocer que el rumor de las detonaciones se alejaba: era evidente que avanzaban hacia los bosques, y que la liebre y las perdices habían traspasado la línea.

Juanita permaneció un momento indecisa: por aquel lado toda la llanura pertenecía al conde de Berneville; de modo que él era quien cazaba, y á juzgar por el número de cazadores era una gran partida, probablemente para inaugurar la época de la caza.

La joven se sintió desanimada. ¿Cómo se presentaría á él en medio de todos aquellos caballeros? Des-

pués se reanimó, pensando que precisamente en un día de caza le había hablado por primera vez; que la mirarían quizás menos que si se presentase en el castillo; y que una feliz casualidad podría ponerla al paso del conde... Allí cerca veíase un camino de travesía que se prolongaba en línea recta hacia los bosques, y Juanita se aventuró por él valerosamente, alargando el paso para acercarse á los tiradores; pero llevaban demasiada ventaja sobre ella para poder alcanzarlos en la llanura. Cuando llegó á los bosques habían desaparecido y oyó sus voces y sus carcajadas alejándose en la espesura del tallar. Las detonaciones habían cesado; Juanita entró en el bosque, tomó un sendero, guiada por el rumor que se percibía, y muy pronto se detuvo, impresionada por el espectáculo que se ofrecía á sus ojos.

Había llegado á lo alto de una cortadura que dominaba la entrada de un estrecho valle; allí el tallar se interrumpía bruscamente, y para llegar al fondo del desfiladero era preciso descender por una pendiente cubierta de brezos.

Abajo, alrededor de un manantial, cuya boca sombreaban cuatro grandes árboles, todos los cazadores se habían reunido y veíalos distintamente sentados acá y allá sobre la hierba.

Un poco más lejos estaba detenido un gran *break*, y varios criados sacaban de él cestas llenas de viandas y de botellas. De repente resonaron bravos y palmadas; un landó, lleno de señoras, desembocó en el valle; los cazadores corrieron á su encuentro y ellas saltaron del coche. Juanita oyó sus exclamaciones y su viva charla.

Apoiada contra una verde encina, en el lindero del bosque, miraba con la boca abierta aquella alegría y aquellas elegancias, y reteniendo el aliento, temía ahora ser vista. Había reconocido desde luego á Santiago, y veíale ir de un lado á otro haciendo los honores de la comida, invitando á los cazadores á sentarse cerca del manantial, y ocupándose después de los guardas, que alineaban sobre la hierba la caza muerta. Una de las hermosas damas iba con frecuencia á decirle algo; sin duda era la condesa; Juanita no podía dudarlo, pues desde lejos la veía feliz al parecer y encantadora; oíala reír, y su alegría, que le angustiaba el corazón, dominaba todas las demás.

Permaneció vacilante algunos minutos más, sin atreverse á dar un paso ni á retroceder, mientras los tapones del champaña saltaban al aire y se oía el rumor argentino de los vasos, que llegaba hasta ella. Después, llevada de un brusco impulso, echó á correr, volviendo por el camino que había seguido. ¡No, decididamente no le vería! ¿Cómo presentarse delante de aquella gente? ¡Había presumido demasiado de sus fuerzas, y no podía hacerlo!

¡Llegar hasta él, nombrarse á presencia de todos aquellos indiferentes, hablarle de su miseria, y no ser reconocida tal vez, por haber pasado tanto tiempo!.. ¡Todo antes que esto!

Volvió á la llanura, y tomando, sin mirar á su alrededor, el camino de antes, corrió como una loca hacia la granja, afligida de un terror más profundo que todos cuantos había sufrido hasta entonces, revolviendo en su cerebro, exaltado hasta el sufrimiento, la humillación que la esperaba y el espantoso reflujo de los recuerdos que acababan de asaltarla. Y cuando hubo llegado, corrió á su aposento y se encerró, decidida al sacrificio, dispuesta á pedir perdón aquella misma noche al que la insultaba hacía meses; pero deseando permanecer sola algún tiempo para coordinar sus ideas y dominar su desesperación.

IX

Muterel había regresado á los Muriaux antes de lo que se le esperaba, y volvía de muy mal humor por haber sabido en el pueblo que Tranchebize estaba más aliviado. Griffón no le ocultó tampoco que había esperanzas de salvarle, y el aire socarrón que el notario tomó para darle esta noticia, le había exasperado.

Entró en la habitación de Coralia murmurando, y como ésta, sentada ante su piano, continuara sin cuidarse de él, haciendo gorgoritos interminables, la mandó callarse con un tono que no admitía réplica.

No se necesitaba más para que el humor de Coralia se igualase con el suyo, y le preguntó con tono duro qué significaba aquella manera de proceder. Muterel se encogió de hombros, y sin más preámbulo refirió lo que le habían dicho en Varencieres, dulcificándose después al ver que su esposa estaba tan consternada como él por la mejoría de Tranchebize. Luego preguntó qué había ocurrido en la granja durante su ausencia.

Coralia hizo el relato detallado de la cuestión que había tenido por la mañana con Juanita, á quien despidió, según lo convenido entre ellos; pero aña-

dió que Chantavoine había tomado á mal la cosa, montando en cólera de una manera de que no le creía capaz, y había amenazado con salir de la casa con su sobrina. Entonces ella, pensando que no debía extremar las cosas demasiado, concedió á su padre que Juanita permaneciese en la granja; pero con la condición de que aquella misma noche, delante de todo el personal reunido, haría penitencia pública, pidiendo perdón á Muterel de su arrebato de la víspera. ¡Oh, bien sabía que Juanita era demasiado orgullosa para consentir en semejante humillación!; pero ¿no era esto lo que ellos deseaban? Los dos se marcharían, tío y sobrina, y así quedarían libres de ellos; después tratarían de asegurar la existencia del viejo, y ellos vivirían tranquilos. Al exponer su ingeniosa combinación, la mujer gorda se contoneaba triunfalmente en su silla.

Pero á medida que hablaba, su marido fruncía el ceño cada vez más, y cuando hubo concluido, dió libre curso á su mal humor.

¿Qué necesidad había de precipitar tanto las cosas? ¿No podía esperar, antes de imponer semejantes condiciones sin haberse entendido con él? ¡Claro era que Juanita no querría humillarse hasta ese punto! ¿Y entonces, qué? Se marcharían. ¿Y después? ¡Buen efecto produciría esto en el país!

¡Ah, qué desgracia era tener una mujer estúpida!

¿No había comprendido que la despedida de Juanita era una estratagema? Aparentar que se echaba de la casa á la joven, atontar al viejo, que tenía empeño en guardarla á su lado, aprovecharse de su aturdimiento para confinarle en un rincón cualquiera de la granja, donde viviría como pudiera, sin mandar ya nada ni entorpecer la autoridad absoluta que él, Muterel, pensaba ejercer... ¡He aquí el plan! Y para que tuviese buen resultado, bastaba una cosa muy sencilla: dejar á Chantavoine gritar, y contestarle tranquilamente que Muterel tomaría una resolución definitiva á su regreso. ¡Pero la verdad es que cuanto más estúpido es uno, más quiere inventar, y tan sólo hace disparates!

Coralia, mortificada, contestó con acritud que puesto que él tenía tanto talento, ella no se mezclaría ya en nada, y Muterel repuso que no podía hacer cosa mejor. Entonces, como Coralia recordase ciertas discusiones conyugales anteriores, que él había cortado prontamente con algunos bofetones, juzgó prudente guardar silencio, limitándose á refunfuñar.

Muterel salió, ordenando á su mujer que permaneciese en su habitación, por temor, añadió, de que cometiera más necedades; y Coralia, una vez sola, desahogó su cólera en el piano, arrancando de él frenéticos acordes.

Muterel estaba muy perplejo: por ningún precio quería que Juanita se fuese, pues la pasión que le inspiraba era de aquellas que no ceden sino con la saciedad. Aparentando despedirla, había previsto la indignación de Chantavoine, y hasta entraba en sus planes; pero no pudo suponer que el viejo la emprendería con su hija. Contaba con promover una discusión en la que habría impacientado al buen hombre, llevándole á cometer cualquiera violencia, y después hubiera afectado ser generoso, consintiendo en tenerle á su lado con la sobrina, por caridad, pero relegándole á un lado para retirarle la escasa autoridad que aún le quedaba. De este modo habría matado dos pájaros de una pedrada, pues libre de Chantavoine, que le molestaba, habría conservado á Juanita bajo su mano; pero ahora, ¿cómo hacerlo? Juanita, indignada, quería marcharse á toda costa, ¿cómo retenerla?.. Y si el viejo se obstinaba en seguirla, ¿cómo evitarlo?.. Y por otra parte, ¡qué esándalo en el país! ¿No llegaría esto á oídos del conde? ¿Qué sucedería si él llegase á intervenir? Porque, en fin, á Chantavoine y no á él se había arrendado la granja. Hasta entonces el buen hombre había tenido la voluntad ó la sencillez de creerse ligado por un compromiso que no tenía derecho de contraer sin avisar á su propietario; pero ¿y si se rebelaba al fin?

Muterel se decidía prontamente, y después de algunos minutos de reflexión se tranquilizó, porque había encontrado el medio de conseguir su objeto.

Fué á buscar deliberadamente á Chantavoine; pero en vez de tomar la actitud severa del hombre ofendido, afectó ese aire paternal y bonachón que tantas veces le había servido. Se quejó en términos mesurados del ultraje que Juanita le había inferido, é hizo valer la necesidad en que se hallaba de obtener satisfacción, para poner á salvo su decoro y su autoridad en la granja.

Sentado esto, censuró á Coralia por haber querido imponer á Juanita una humillación excesiva, y añadió que, comprendiendo el afecto que el tío profesaba á la sobrina, consideraba un deber no separarle de ella; pero Chantavoine debía entender que la vida común con Juanita era ya imposible para él: no que-

ría ni podía tolerarla. ¿No había medio de conciliarlo todo? La casa del arrendador entrante, aunque deshabitada hacía largo tiempo, podía servir aún, teniendo dos aposentos y chimenea... ¿Por qué Chantavoine no se instalaría allí con Juanita? En aquella casa vivirían independientes, pudiendo coger sus verduras en el huerto, tomar de las provisiones el tocino necesario y de la bodega el vino; de modo que no carecerían de nada. Como era justo, Chantavoine no tendría ya que intervenir en la granja; pero á su edad, esto sería un descanso para él. En cuanto á Juanita, como precio de su alimento se exigiría que siguiese ocupándose del corral y de las vacas; era un trabajo que sabía desempeñar bien; pero, así como antes, no se le daría salario. ¿No era lo menos que podía hacer en cambio del perdón que se le concedía? Así, pues, habitación aparte, existencia separada, reposo para Chantavoine; y para Juanita, sus ocupaciones acostumbradas. Tales eran las condiciones mediante las cuales se haría la paz, quedando todo el mundo contento. ¿No era esto aceptable?

Chantavoine le dejó decir, bajando la cabeza. Pocos momentos después Juanita fué á buscarle, con el corazón oprimido, pero firme la voluntad, dispuesta á todo... Su tío le refirió sencillamente lo que Muterel le había propuesto.

La joven no se hizo ilusiones sobre aquella moderación aparente; al punto comprendió que esto era para su tío el aislamiento, la ociosidad, la lenta agonia, y tal vez muy pronto, hasta la miseria; mientras que para ella significaba el peligro permanente, la inquietud y el terror de todos los días. Pero ¿qué podía hacer?

Se le perdonaba la humillación; permanecía con su tío Juan, y podría dulcificar con sus cuidados sus últimos días, que presentaba muy próximos... Por eso le aconsejó que aceptara.

X

A principios del invierno, terminada ya recientemente la siembra de los trigos, Muterel tuvo una gran alegría. ¡Cierta mañana supo que Tranchebize había muerto! La mejoría de salud que se produjo engañosamente en septiembre no había durado, y el mal recrudesció con violencia á la caída de la hoja. El enfermo, obstinándose en vivir, había pensado en volver al Mediodía; pero en medio de sus preparativos de viaje llegó su fin con la rapidez del rayo.

El terreno, pues, quedaba despejado y de la mejor manera posible: Tranchebize, que no quiso transigir con sus principios, había muerto como había vivido, siendo radical, ateo y librepensador, y dejando así á su probable sucesor obligado á encargarse del entierro civil, que podía servirle de precioso puente. Ahora le sería dado á Muterel seguir adelante con sus planes, entusiasmar á su comité y pronunciar los discursos que hacía largo tiempo había mandado preparar á las mejores cabezas entre los librepensadores de Varencieres, discursos que ya sabía al dedillo.

En su consecuencia, tomó posición al punto: dirigióse á Varencieres, donde visitó á muchas personas; manifestó, dándose importancia, una dolorosa emoción, y dejó escapar algunas palabras muy sentidas sobre la gran pérdida que la República acababa de sufrir. Por la noche mandó hacer en la granja café en señal de luto; pero una vez en la habitación de Coralia, no trató ya de disimular la intensidad de su satisfacción; y mientras que su rechoncha mujer, poseída de entusiasmo, preludiaba en el piano los acordes de una mazurka arrebatadora, se arriesgó á ejecutar varias cabriolas, faltando poco para que cayera, por habersele enredado los pies en una silla.

Ya era tiempo para él de que llegase esta buena noticia, pues en los Muriaux nada iba como hubiera

querido. La súbita retirada de Chantavoine, su confinamiento en la casa del arrendador entrante y la abdicación absoluta que de él se exigiera habían producido disgusto entre los antiguos criados que acostumbraban á trabajar á sus órdenes; y la altiva gravedad de Coralia, los modales bruscos é imperiosos del nuevo dueño, no tardaron en suscitar murmuraciones. El nuevo amo había resuelto hacer cambios en la granja, sustituyendo los quinteros y el pastor, lo cual dió lugar á muchas habladurías en el país.

ordeñar las vacas, Juanita no estaba ya sola; Chantavoine se paseaba detrás de los animales, y al ver esto hizo una mueca; pero sin atreverse á decir nada, fué á emboscarse en la lechería. Sin embargo, la joven entró allí también acompañada de Chantavoine. En el patio, junto á su sobrina y distribuyendo la avena á los volátiles, volvió á ver al tío Juan momentos después; y desde aquel instante, siempre y por doquiera, encontrábalos uno junto á otro. ¿Qué hacer? Ciertamente no podía prohibir á su suegro que se paseara por el patio...

Entonces comenzó á espiar: cierto día, habiendo visto al viejo salir solo de la casa, aventuróse por este lado y levantó el pestillo de la puerta; pero un gruñido de mal agüero le detuvo inmóvil: en medio de la sala, delante de Juanita, que mondaba patatas, había visto á *Mostacho*, mirándole fijamente, con el pelaje erizado, enseñando los colmillos y los ojos sangrientos, terribles bajo su aspecto belicoso de granadero veterano de Waterloo; y obrando con prudencia, emprendió la retirada. Sin embargo, estaba resuelto á concluir de una vez; aquellos obstáculos, aquella defensa, preparada siempre, no hacían más que inflamar su pasión hasta la rabia; comenzaba á ser capaz de los peores extremos, y todo era de temer para Juanita, para Chantavoine y para *Mostacho*, cuando llegó la noticia de la muerte de Tranchebize.

El incidente resultó ser de los más felices, pues apenas despertada la ambición de Muterel, su pasión pareció adormecerse. ¡No se trataba ahora de dominar aquella joven, sino de lanzarse en la política, alcanzar la victoria en las elecciones y entrar triunfalmente en el Palacio Borbón! Ya no le quedaba tiempo para ocuparse de bagatelas amorosas;



Juanita, olvidando todo lo demás, dejaba de ordeñar á la *Berronda*

Hacer entrar en vereda á todo un personal nuevo no es cosa fácil en una granja, ni se consigue á menudo sin decepciones y tropiezos. Los carneros, mal atendidos, habían comenzado á cojear; un quintero novicio había estropeado varios arbolillos á fuerza de golpes con el arado; y un caballo sobrecogido de retortijones durante la noche, había muerto por falta de cuidados. Solamente la vaquería se conservaba en buen estado, gracias á Juanita, que cumplía puntualmente con su servicio, velando para que sus animales no careciesen de nada, y sin hablar á nadie, excepto al vaquero, un palurdo que la obedecía dócilmente y que Muterel no quiso despedir, considerándole demasiado estúpido para ver ni comprender nada.

Aquel mutismo de Juanita, que, según comprendía, estaba siempre alerta, había irritado desde los primeros días; pero otra cosa más le exasperaba. Había comenzado de nuevo á rondarla, eligiendo con preferencia el momento en que ordeñaba sus vacas; de modo que la joven debía tolerarle y oírle por fuerza. Empezaba por frases indiferentes, vagas observaciones sobre la temperatura, la sementera y el ganado, como si no recordase nada de lo que había ocurrido entre ella y él, y afectando el aire de un labrador bonachón, ocupado únicamente de su cultivo y de su ganado. Como Juanita no contestaba, fingía no fijarse en su silencio, no insistía más y retirábase.

La joven le encontraba en la lechería, contemplando los cuencos donde se hacía la nata, ó dando vueltas alrededor de la estufa, la cual llenaba de leña, ó bien agitando con precaución la mantequera vacía. Iba detrás de la joven á los gallineros; interesábase al parecer vivamente por el estado de las gallinas y de los patos, y hablaba de continuo con tono plácido y amable, acosándola con una paciencia que martirizaba á Juanita. Cierta día arriesgóse á pronunciar una frase galante, y le dijo:

— ¡Ah, si usted quisiera!..

La joven huyó precipitadamente.

Al otro día, cuando Muterel volvió á la hora de

necesitaba toda su actividad, la plenitud de su inteligencia y de su astucia, y dejó de acosar á Juanita, que pudo disfrutar de algunos días de reposo.

El entierro de Tranchebize fué magnífico; ningún librepensador recordaba haber visto nunca semejante afluencia de banderas, de coronas, de políticos notables, que lucían en el ojal la siempre viva encarnada. En el cementerio se pronunciaron interminables discursos; el prefecto, Sr. Franck Soufrín, habló del admirable criterio político del difunto, de sus profundos conocimientos, del apoyo inapreciable que en su celo por el bien del país no había cesado de prestar á la administración, y terminó con un apóstrofe vibrante á Francia y á la República, consoladas del duelo de tal muerte por el recuerdo, por el ejemplo que aquel hombre tan eminentemente fiel á nuestras instituciones dejaba tras sí. El venerable de la logia masónica ensalzó el espíritu filosófico del difunto, y la altiva independencia de alma que le había mantenido siempre en el horror á la superstición; y concluyó proclamando que la libertad no estaría jamás asegurada mientras no se impidiera á los sacerdotes de una religión aborrecida insultar públicamente á la razón, asentando su ambición invasora sobre esa credulidad cuyas tinieblas deshonrosas están lejos aún de haberse desvanecido completamente ante la antorcha regeneradora de la ciencia y del pensamiento humano.

Muterel, en su calidad de alcalde de Varencieres, fué el último que habló.

Adelantóse hasta la orilla de la fosa, contoneándose majestuoso, se irguió, haciendo sobresalir el vientre, lo cual permitía ver su traje negro del todo nuevo, y recitó de un tirón, sin omitir ni una palabra, el discurso que hacía meses repasaba en su memoria para aquella ocasión. Al fin halló medio de hacer temblar convenientemente su voz; se preguntó cómo se podría reemplazar semejante hombre, y si se atrevería jamás alguno á tomar sobre sí la pesada carga de ocupar su puesto.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

EL PLANETA MARTE

De todos los planetas que gravitan alrededor del Sol, el que más semejanza ofrece con la Tierra es, según parece, Marte, que, sin embargo, difiere de ella en puntos esenciales y en cuya superficie se observan configuraciones llamadas canales que constituyen todavía un misterio para los astrónomos.

Marte dista del Sol 227 millones de kilómetros, y su revolución dura unos 687 días: su diámetro es un poco mayor que la mitad del de la Tierra y la gravedad en su superficie guarda con la de nuestro planeta la proporción de 1 á 3. En él se han distinguido desde hace mucho tiempo unas manchas grises verdosas que contrastan con el fondo amarillo ó rojo del resto del globo y que presentan en sus formas una persistencia notable, variando sólo su aspecto á consecuencia del cambio relativo de lugar del planeta y de la Tierra. Las manchas fijas han permitido determinar con gran exactitud la duración de la rotación de Marte, que es de 24 horas, 23 minutos, 23 segundos, y de la inclinación de su eje, poco diferente de la del de la Tierra, se deduce que las estaciones son allí análogas á las nuestras, aunque de duración casi doble y más desiguales, y que su superficie puede dividirse en cinco zonas como las de nuestro planeta. Los múltiples experimentos y observaciones realizados demuestran que Marte tiene una atmósfera bastante densa.

de verse. Lo que más sorprende en el aspecto de los planisferios de Marte trazados entonces por Green, Schiaparelli, Flammarion, etc., es la poca extensión

teoría acerca de Marte que resumiremos diciendo: respecto de la atmósfera, las nubes son la excepción, lo cual prueba que la circulación atmosférica del

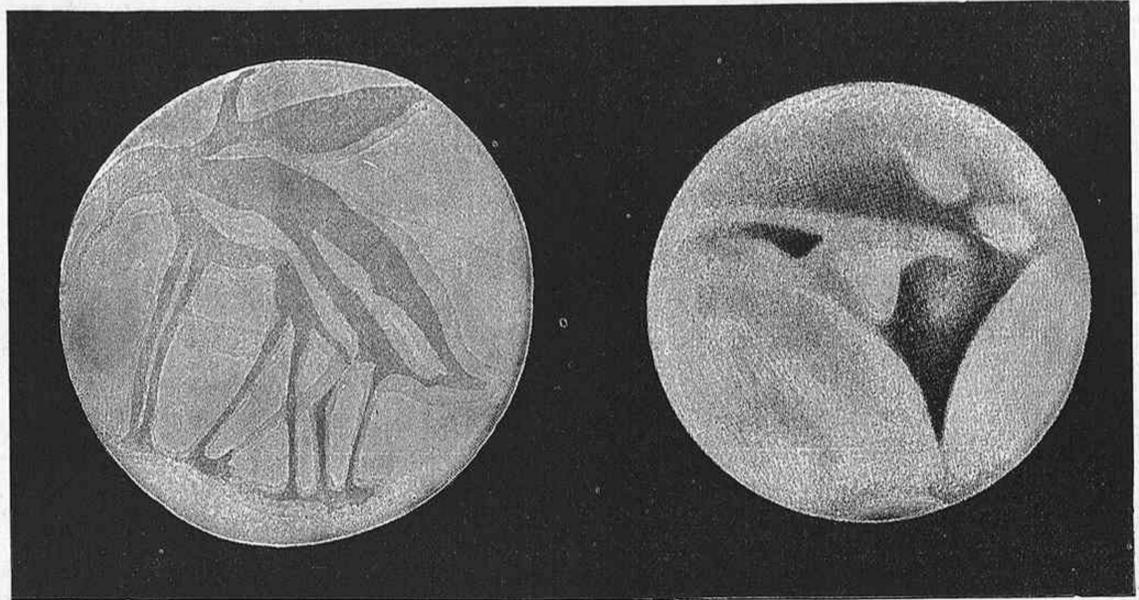


Fig. 4. - Aspectos del planeta Marte observados en Meudon por M. Perrotin y en Barcelona por D. José Comas

ocupada por los mares comparándola con la de los de la Tierra. En la oposición de 1879 comienzan los descubrimientos de Schiaparelli, el más importante

agua no tiene en Marte la actividad que en la Tierra y que no hay allí mares, circulando el agua sólo por un sistema de canales profundos; las grandes masas oscuras son llanuras bajas y los espacios claros regiones más elevadas regadas por canales, y éstos y aquéllas experimentan cambios de color en relación con las estaciones, alimentándose los canales con el agua procedente de la fusión de las nieves polares.

Otras varias observaciones ha hecho Mr. Lowell que la falta de espacio nos impide examinar; pero lo consignado basta para dar idea de cómo se diferencia de las anteriores su teoría acerca de Marte que, si bien no puede admitirse sin reservas, es la única que explica casi todos los hechos apreciados en aquel planeta.

Para la mejor comprensión de los detalles observados en Marte publicamos (fig. 1) un planisferio del mismo, hoy insuficiente, trazado por la Sociedad Astronómica de Francia, según las observaciones hechas por Schiaparelli en 1882-1884 en el observatorio de Milán. - M. F.

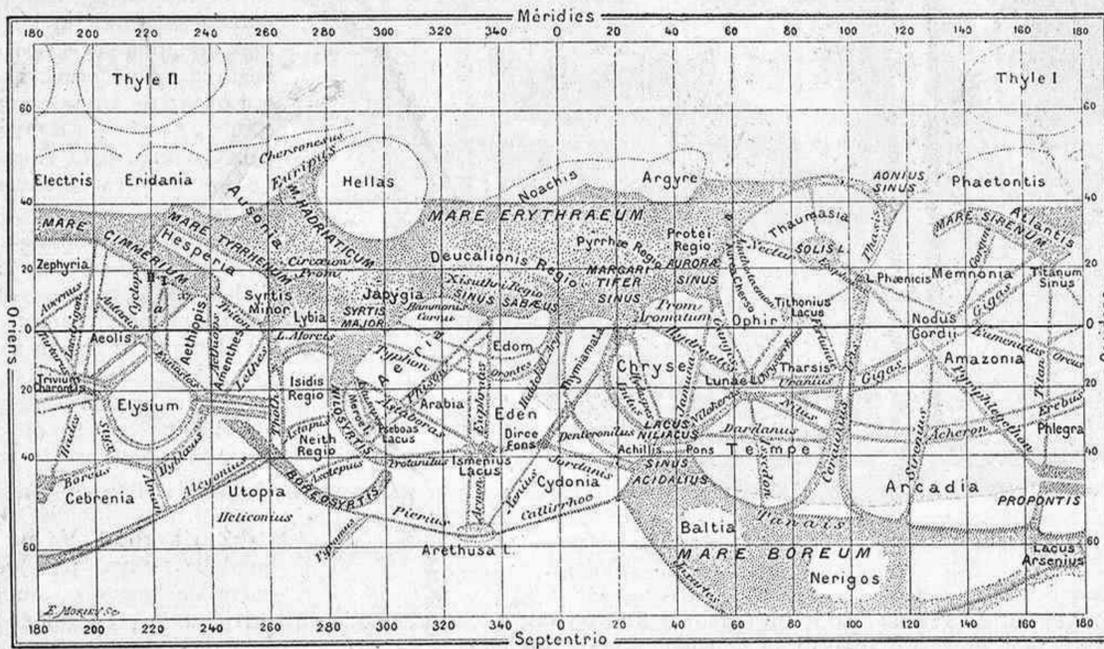


Fig. 1. - Planisferio del planeta Marte trazado según las observaciones de M. Schiaparelli desde 1882 á 1884

Las épocas más favorables para las observaciones son aquellas en que el planeta está en oposición, es decir, cuando la Tierra se halla casi entre el Sol y Marte: las oposiciones se reproducen cada dos años aproximadamente.

En 1877 los astrónomos convenían en que las manchas oscuras eran mares y los espacios claros conti-

de los cuales es el de una red de líneas rectas de color obscuro que se entrecortan y ponen, al parecer, en comunicación las manchas con los espacios claros: M. Schiaparelli denominó á esas líneas canales, nombre que han conservado. La longitud de estos canales es generalmente de 4.000 á 5.000 kilómetros y su anchura puede calcularse por lo menos en 100 kilómetros; los canales, de los que se ven algunos en la figura 4, terminan en un mar ó en otro canal; ninguno termina en un continente. En 1881 el mismo Schiaparelli descubrió el fenómeno de la duplicación de los canales, que consiste en la aparición de un segundo canal paralelo al primero sin que éste haya cambiado de aspecto ni de posición.

Las oposiciones siguientes se emplearon en comprobar y completar las observaciones precedentes.

Con posterioridad á 1892, año en que Flammarion reunió en un tomo los numerosos datos que acerca de Marte se tenían, se ha realizado un descubrimiento más sorprendente é importante que todos los anteriores: un astrónomo americano, Mr. Percival Lowell, descubrió durante la oposición de 1894 desde su observatorio de Nuevo México que los canales se prolongan en línea recta al través de las manchas oscuras y van á terminar en las inmediaciones del polo, como indican las figuras 2 y 3. Estas observaciones se compaginan mal con la antigua hipótesis de que las manchas oscuras son mares, y parecen poner fuera de duda la comunidad de origen de los canales y de estas manchas. Además, se han confirmado las modificaciones de las orillas, sucediendo que algunas extensiones verdosas de muchos centenares de kilómetros cuadrados desaparecen en un tiempo asombrosamente corto, á todas luces insuficiente para que pueda retirarse de ellos el agua. Mr. Lowell ha emitido, en su consecuencia, una nueva

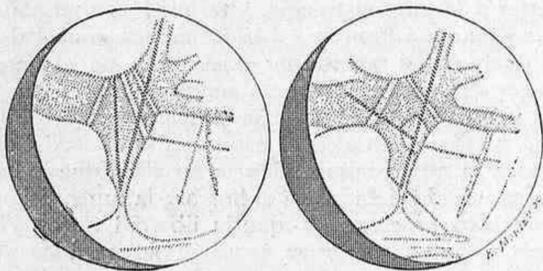


Fig. 2. - Configuraciones observadas en Marte en el laboratorio Lowell

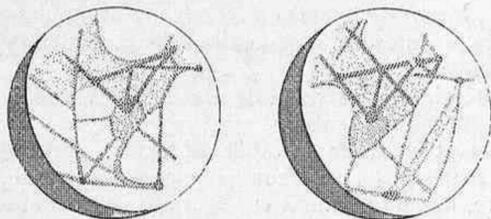
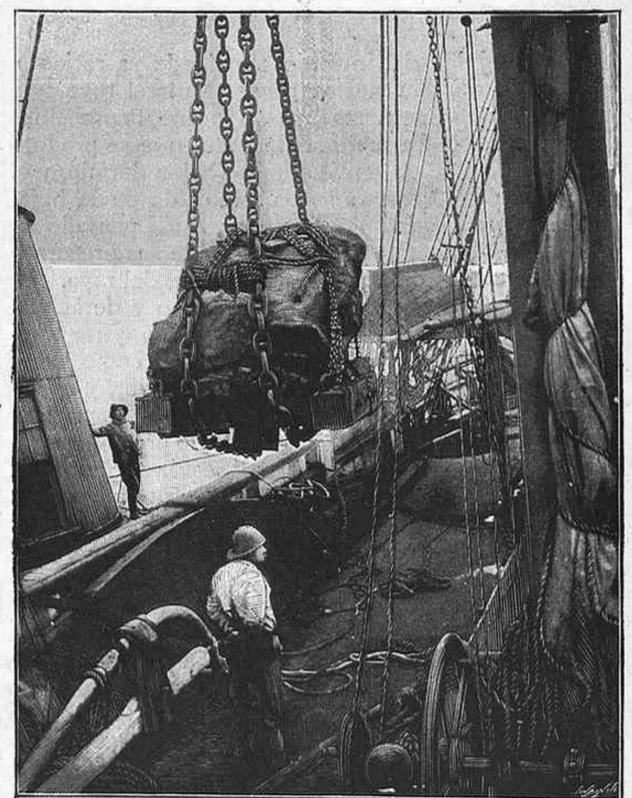


Fig. 3. - Configuraciones observadas en Marte en el laboratorio Lowell

La figura 4 reproduce dos dibujos hechos, el de la izquierda por M. Perrotin en el observatorio de Meudon, y el otro por D. José Comas en Barcelona, que dan una idea de lo que en el planeta pue-



El mayor meteorito del mundo

fragmento de hierro natural que se conoce en el mundo, pues otro fragmento conservado en el Museo Británico, y único que puede compararse con aquél, sólo pesa diez y ocho toneladas. El ejemplar traído por Peary ha sido colocado en el Museo de Historia Natural de Nueva York.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

CANSONS CATALANES, harmonisades per *Enric Morera*. — La casa editorial barcelonesa «L'Avenc» ha publicado *Los se-gadors*, sentida canción popular, recuerdo de la guerra separa-tista de 1640, admirablemente arreglada para coro de hombres y para canto y piano por el inspirado compositor Sr. Morera. Véndese á dos reales.

CUENTOS ESCOGIDOS de *H. C. Andersen*. — El último tomo de la Biblioteca Selecta que con tanto éxito publica en Valen-cia D. Pascual Aguilar, es una colección de los cuentos más escogidos del famoso escritor dinamarqués, cuyas narraciones han adquirido una popularidad indiscutible: la versión castella-na, directamente hecha del idioma original, es de D. C. S. de Tejada, quien además ha puesto al libro algunas interesantes notas. Véndese á dos reales.

PECCATA MINUTA, por *Felipe Pérez y González*. — ¿A qué alar-bar este libro, cuando la firma de su autor constituye su mejor elogio? Decir Felipe Pérez es decir versificación fácil, chiste culto, ideas originales, gracia en los juegos de palabras, etcéte-ra, etc.: de todo esto hay en abundancia en *Peccata minuta*, que forma parte de la Colección Diamante, que con tanto éxito edita en esta ciudad D. Antonio López y que se vende á dos reales.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjense para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 168, Barcelona.

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
DE APIOL DE LOS JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
 CAPSULAS DE LOS JORET Y HOMOLLE EVITAN DOLORES, RETARDOS
 DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGAS

ANTI-ASMATICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MEDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 Disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALUDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANCK
 Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestionen e curados ó prevenidos. (Rótulo adjunto en 4 colores) PARIS: Farmacia LEROY V en todas las Farmacias.

KANANGA DEL JAPON
 RIGAUD y C^a Perfumistas
 PARIS — 8, Rue Vivienne, 8 — PARIS

El Agua de Kananga es la locion más refrescante, la que más vigoriza la piel y blan-quea el cutis, perfumándolo delicadamente.

Extracto de Kananga, suavísimo y aris-tocrático perfume para el pañuelo.

Aceite de Kananga, tesoro de la cabellera, que abrillanta, hace crecer y cuya caída previene.

Jabon de Kananga, el más grato y un-tuoso, conserva al cutis su nacarada transparencia.

Polvos de Kananga, blanquean la tez con el elegante tono mate, preservándolo del asoleo.

Depósito en las principales Perfumerias

P. MERE DE CHANTILLY
 ORLEANS — FRANCE

UNGUENTO ROJO MÉRÉ
 CURACION RÁPIDA Y SEGURA DE LAS
 Cojeras • Alcance • Esguinces • Agriones
 Infiltraciones y Derrames articulares
 Corvazas • Sobrehuesos y Esparavanes

Los efectos de este medicamento pueden graduarse á voluntad, sin que ocasione la caída del pelo ni deje cicatrices inde-lesibles; sus resultados beneficiosos se estenden á todos los animales.

BLACK MIXTURE MÉRÉ
 BALSAMO CICATRIZANTE
 Para toda clase de Heridas y Mataduras de los Animales.
 EN TODAS LAS DROGUERIAS

Las Personas que conocen las
PILDORAS DE DEHAUT
 DE PARIS
 no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cau-sancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causancio que la purga ocasiona queda com-pletamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
 En Polvos y Cigarrillos
 Alivia y Cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION
ASMA
 y toda afeccion Espasmódica de las vias respiratorias.
 25 años de éxito, Med. Oro y Plata
 J. VERRÉ y C^a, 102, R. Richelieu, Paris.

CEREBRINA
 REMEDIO SEGURO CONTRA LAS
JAQUECAS, NEURALGIAS
 Suprime los Cólicos periódicos
 E. FOURNIER Farm. 114, Rue de Provence, en PARIS
 la MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias
 Desconfiar de las Imitaciones.

PILDORAS Y JARABE de BLANCARD
 con Ioduro de Hierro inalterable
 CONTRA
 la Anemia, la Pobreza de la Sangre, la Opilacion, la Escrófula, etc.
 Exigir el Producto verdadero con la firma BLANCARD y las señas
 40, Rue Bonaparte, en Paris.
 Precio: PILDORAS, 4 fr. y 2 fr. 25; JARABE, 3 fr.

GARGANTA VOZ y BOCA PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz.— Precio: 12 REALES.
 Exigir en el rótulo a firma
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afeciones del Corazon, Hidropesias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
 Empleado con el mejor exito

G GÉLIS & CONTÉ
 Grageas al Lactato de Hierro de
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

ERGOTINA y Grageas de ERGOTINA BONJEAN
 HEMOSTATICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica.
 Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas.
 Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris
 LABELONYE y C^a, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias
 El JARABE DE BRIANT recomendado desde su principio por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. VERDADERO CONFITE PECTORAL, con base de goma y de aboboles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

SIMIENTE DE LINO TARIN
 Preparado especial para combatir con suceso
 Los Estreñimientos, Colicos, Bochorros y las Enfermedades del Higado y de la Vejiga (Exigir la marca de «la Muger de 3 piernas».)
 Una cucharacía por la mañana y otra por la noche en la cuarta parte de un vaso de agua ó de leche
 La Cajita: 1 fr. 30

POMADA FONTAINE
 Son sus efectos admirables contra el Sarpullido, Eczema, los Sabañones, las Almorranas, los Barros de la cara, la Inflamación de los parpados, Caspa y Caída del pelo. — Fricciones ligeras por la noche.
 El Boto: 2 fr.; franco, 2 fr. 15 en sellos de correo.

JABON FONTAINE Excelente auxiliar de la POMADA FONTAINE
 La Bola: 2 fr.; franco, 2 fr. 15 en sellos de correo.
 TARIN, Farmaceutico de 1^{ra} Clase, ex-interno de los Hospitales
 PARIS. — 9, place de Petits-Pères, 9, y todas las farmacias

EL APIOL de los Dres JORET Y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS

ROB BOYVEAU LAFFECTEUR
 Depurativo SIMPLE. Exclusivamente vegetal
 Prescrito por los Médicos en los casos de
ENFERMEDADES CONSTITUCIONALES
 Acritud de la Sangre, Herpetismo, Ane y Dermatitis.
 CH. FAVROT y C^a, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS. Todas Farmacias de Francia y del Extranjero.

El Mismo con IODURO DE POTASIO
 Empleado como tratamiento complementario del ASMA, este medicamento es igualmente SOBERANO en los casos de Gota, Reumatismo crónico, Angina de Pecho, Enfermedades Especificas hereditarias ó accidentales, Escrófula y Tuberculosis. Folleto segun los últimos trabajos de MÉDICOS ESPECIALES.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER
 destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero.) Para los brazos, empléese el PILIVORE. DUSSER, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.



La herida del general Mitre. Episodio histórico de las luchas de la República Argentina. Cuadro de Vicente Nicolau Cotanda

CARRERAS-CAZA
EMBROCACIÓ MÉRÉ de Chantilly
INDISPENSABLE PARA FORTIFICAR
LAS PIERNAS DE LOS CABALLOS
FOLLETO FRANCO MÉRÉ FARM ORLEANS

Frasco 5 fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
 — LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó **Leche Candès**
 pura ó mezclada con agua, disipa
 PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOCES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso.
CANDES & Co B^o St-Denis 14

VINO AROUD
MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR prescrito por los MEDICOS.
 DOS FÓRMULAS:
I - CARNE - QUINA
 En los casos de Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos Febriles é Influenza.
II - CARNE-QUINA-HIERRO
 En los casos de Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Fiebres de las colonias y Malaria.
 Estas dos fórmulas existen tambien bajo forma de **Jarabes** de un gusto exquisito é igualmente muy recomendadas por el mundo medical.
CH. FAVEOT y C^a, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS, y en todas Farmacias.

ENFERMEDADES
ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
 en BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de **J. FAYARD**, Fab. **DETHAN**, Farmaceutico en PARIS

Agua Léchelle
HEMOSTÁTICA. — Se receta contra los flujos, la clorosis, la anemia, el apocamiento, las enfermedades del pecho y de los intestinos, los espantos de sangre, los catarros, la disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos. El doctor **HEURTELOUP**, médico de los hospitales de Paris, ha comprobado las propiedades curativas del **Agua de Léchelle** en varios casos de flujos uterinos y hemorragias en la hemotisis tuberculosa.
 DEPÓSITO GENERAL: Rue St-Honoré, 165, en Paris.

AVISO A LAS SEÑORAS
EL ANIOL DE LOS D^{OS} RES
JORET-HONOLLE
 CURA
LOS DOLORES, REÍARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
FABRIANT 150 R. RIVOLI PARIS
 y TODAS FARMACIAS y DROGUERIAS

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D^{OR} CORVISART. EN 1856
 Medallas en las Exposiciones Internacionales de PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
 1867 1872 1873 1875 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS **DISPEPSIAS**
CASTRITIS - CASTRALCIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
 Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
 BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. . . de **PEPSINA BOUDAULT**
VINO. . . de **PEPSINA BOUDAULT**
POLVOS. de **PEPSINA BOUDAULT**
 PARIS, Pharmacie **COLLAS**, 8, rue Dauphine y en las principales farmacias.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Curadas por el Verdadero
 Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S^{an}-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
 Fábrica, Expediciones : **J.-P. LAROZE & C^{ie}**, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

PAPEL WLINSI
 Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Depósito en todas las Farmacias
PARIS, 31, Rue de Seine.

UNGUENTO ROJO MÉRÉ
 DE CHANTILLY
CURACIÓN SIN TRAZAS
DE LAS ENFERMEDADES DE LAS PIERNAS DE LOS CABALLOS
FOLLETO FRANCO MÉRÉ FARM ORLEANS

Quedan reservados los derechos de propiedad artistica y literaria